

Filología

N° 20

Gacetilla académica y cultural

Filología. Gacetilla académica y cultural. Núm. 20, julio 2023

Revista de estudiantes de Filología Hispánica

Facultad de Comunicaciones y Filología, Universidad de Antioquia

E-ISSN: 2619-5305

Dirección general:

Julio Mario Roperro Daza

Natalia Restrepo Sanmartín

Dirección editorial:

Juan Ricardo Molina Rúa

Julio Mario Roperro Daza

Manuela Henao Aguirre

Consejo editorial:

Natalia Restrepo Sanmartín

Samuel Restrepo Agudelo

Santiago Sánchez Franco

Asistencia editorial:

Diego Alejandro Gutiérrez Osorio

Francely García Morales

Isabella Ospino Cadavid

Juan Diego Rincón Patiño

Editor invitado:

Luis Fernando Quiroz Jiménez

Diseño y diagramación:

Juan José Avilez Ortiz

Difusión:

Francely García Morales

Juan José Avilez Ortiz

Melany Castro Delgado

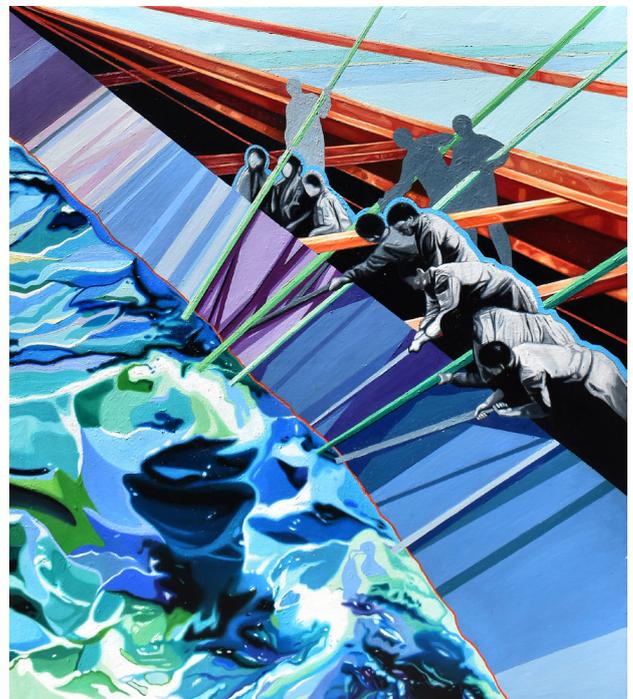
Administración plataforma OJS:

Juan José Avilez Ortiz

Portada:

Fernanda Morales Tovar

Confluencia I: declive y segmentos (2021)



*En memoria de John Stiven Avendaño Vargas:
escritor, docente y lector para pasado mañana.*

*En memoria de Sebastián Orduz Cortés:
editor de Crisopeya y coordinador del Semillero en
Literatura Medieval y Renacentista.*

*Ambos, autores publicados en nuestra revista; ambos,
colegas y amigos*

Filología

Gacetilla académica y cultural

N.º 20



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

1803

Revista de estudiantes de Filología Hispánica
Universidad de Antioquia

ÍNDICE

An abstract painting with vibrant colors and geometric shapes. The composition is dominated by a large, stylized face in shades of blue, green, and white, which appears to be looking upwards. The background is a mix of horizontal and diagonal stripes in various colors, including red, orange, yellow, and purple. The overall style is expressive and modern.

Escritura académica

La pérdida de la particularidad o acefalía: una aproximación a La mancha indeleble de Juan Bosch

Johann D. Montoya Araque

La manifestación de la honra en el héroe del Cantar de mio Cid

Samuel Restrepo Agudelo

Vida del pregrado

Discurso de graduación

Federico Jiménez R.

Miscelánea

Correo abierto a Alberto Mayor Mora

Luis

Traducción

Poemas en lengua inglesa sobre la Guerra Civil Española

Traducido por Mario Yepes Londoño



Escritura creativa

Un cuento sobre un divino error gramatical

John Stiven Avendaño Vargas

Poemas

David González

Fotógrafo

Meneses Monroy

El reino de la inutilidad

Santiago Galeano Muriel

Orión

Santiago Galeano Muriel

Mataron al electo

José David Ruiz Álvarez

Delirios de incertidumbre: porvenir (III)

Juan Pablo Solarte Burbano

Lectura recomendada

Reportero sin rostro

María Isabel Naranjo Restrepo

EDITORIAL

Filología. Gacetilla académica y cultural N°20

Apreciados lectores:

La filología no es un trabajo o una vocación de tiempo medio o corto. Se necesita paciencia y dedicación. Una especie de añejamiento de las ideas, un proceso de germinación. No es secreto que, para los estudiantes de Filología Hispánica, así como los de toda la Facultad de Comunicaciones y Filología, no han sido los semestres más distendidos en tiempo. Quizá, si mucho, una suerte de periodos en los que se tenían que aprender contenidos y producir respecto a ellos de forma apresurada. Como revista de estudiantes, nos vimos inmersos en estas dinámicas, y, a pesar de lo comentado, nuestra reacción ante tal panorama fue la de aplazar esta publicación, mientras sobrevivimos a los semestres partidos y a las exigencias «desorbitadas».

A pesar de todo, un día como hoy les presentamos el fruto de la labor y del reto que como estudiantes asumimos con este medio que se ha ganado el aprecio de muchas personas. Filología existe gracias a quienes nos leen, a los que se arriesgan compartiendo un poco de su trabajo académico, intelectual y creativo, convencidos de las posibilidades de diálogo que se propician con una revista por medio de la palabra y del arte en distintas manifestaciones, así como de las necesidades de abordar ciertos problemas de formas que permiten dimensionarlos y entenderlos como solo ellas pueden. Seguimos en pie y esperamos de todo corazón que ustedes también lo estén, para seguir permeando y despertando a través de la divulgación y de sus creaciones esa sensibilidad capaz de concebir y de cambiar realidades.

Sin más preámbulos, presentamos un breve abrebocas de lo que les espera en este número 20, uno que no hace justicia a los textos que publicamos aquí, por lo que les rogamos encarecidamente que se acerquen a todos ellos con la mejor de las expectativas.

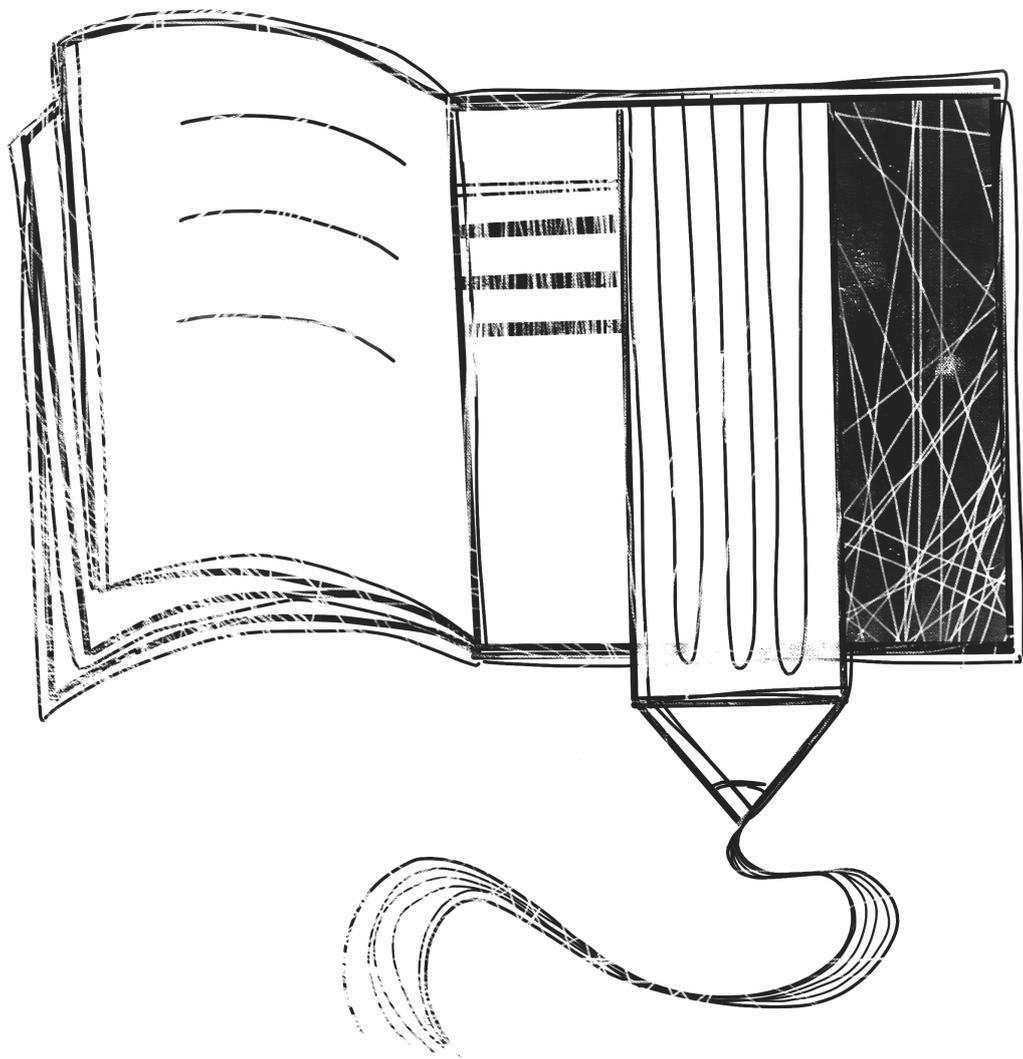
Si están ansiosos por leer las propuestas de escritura creativa, en este número encontrarán narraciones con algunas temáticas propias de la ciencia ficción como la relación entre el hombre y las máquinas, a propósito del auge de la inteligencia artificial, y otras distópicas con las que probablemente se evoque el pasado a partir de las hipótesis que desencadenan hechos presentes; eso de que la historia es cíclica resuena entre algunas líneas... Igualmente, varios de estos escritos se valen de ese carácter pictórico de la poesía para mostrar a los ojos del alma algunas de nuestras experiencias más sentidas pero inconscientes y fuera de nuestro control en muchos casos, o el mundo que solo de noche se revela pero que por el poder de las letras busca grabarse con pretensiones de eternidad.

«Sobre el lienzo, mediante escenas afectivas y montajes visuales, propongo una serie de ensayos arqueológicos mediados por la acción de la confluencia: principio para indicar la incorporación de lo humano y lo industrial en la constante modificación del entorno». De esta manera nos presenta la artista mexicana Fernanda Morales Tovar su trabajo investigativo y creativo, del cual tenemos el privilegio de mostrar algunas de sus piezas en esta edición.

Reflexiones en torno a la identidad, la autenticidad y su proceso de búsqueda se plantean a propósito de la obra *La mancha indeleble*; además de otras sobre las posibilidades del ser profesional y la búsqueda por la dignidad humana en un «Discurso de despedida» que no había visto la luz sino hasta ahora. A aquellas se suma una más sobre la relación entre la filología y la sociología a través de una carta dirigida al ya desaparecido Alberto Mayor; una razón más, tal vez, para convencernos de la importancia de la reflexión en torno a las letras y la comprensión de las estructuras de nuestras realidades más inmediatas... Por otra parte, el Cid Campeador hace presencia en este número a través de un ensayo que vislumbra sus motivaciones a lo largo de la obra que lo inmortalizó hasta nuestros días.

Finalmente, hacemos una mención especial a nuestro estimado profesor Mario Yepes Londoño, quien nos comparte algunas de sus traducciones de poemas en lengua inglesa sobre la Guerra Civil Española escritos por varios voluntarios que participaron en ella en el bando republicano. Del mismo modo les presentamos nuestra lectura recomendada: «Reportero sin rostro», una entrevista realizada al periodista Fabio Castillo a través de la cual se desvela la importancia ética, política y social del periodismo investigativo y los riesgos que esta labor acarrea para quien la realiza.

Esperamos que este número, a pesar de su tardanza, sea disfrutado como si fuese un vino que se añejó; tómenlo como un *Filología*, 20 años. La espera dará sus frutos con esta edición. Agradecemos su paciencia, y bienvenidos al número 20.



ESCRITURA ACADÉMICA

La pérdida de la particularidad o acefalía: una aproximación a *La mancha indeleble* de Juan Bosch

Johann D. Montoya Araque*

*La mancha no se va. Está ahí, indeleble.
Al contrario, me parece que a cada esfuerzo
por borrarla se destaca más.
Juan Bosch*

Aceptar hacer —o *ser*— parte de un colectivo es entregar todo de uno, lo particular, para acceder a una determinada forma, que dista mucho de reproducir lo que *uno es* en el fondo. Y esto de ser uno, en todo caso, es siempre una búsqueda. Sin embargo, abandonarse a cualquier tipo de colectivo es renunciar absolutamente a la indagación en el espíritu personal, en la esencia que anima el ritmo propio y potencia el acto vital. Para poder *pertenecer* es necesario desvestirse de lo característico, alejarse, desatender lo intransferible encontrado, para portar el uniforme adecuado. Es, en todo caso, perder la cabeza.

Para revisar esto, tomaremos el cuento del dominicano Juan Bosch, *La mancha indeleble*. Y es que, tan vivo y presente, allí se refleja la condición del individuo actual, que no es individuo ni actual, pero así solemos denominarlo.

«—Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más: va a empezar una nueva vida» (Bosch, 1968, p. 127). ¿Qué nueva vida puede empezar alguien que ya *tiene* vida? ¡También hay que entregar los recuerdos, que aquí son la *vida*! Con esto se nos recibe en el mundo, ya que este es un lugar en el cual la individualidad debe ser borrada, erradicada, puesto que resulta peligrosa para ciertos —todos los— colectivos.

Lo más terrible del asunto es optar por esto no por falta de opciones, sino por voluntad. Accedemos a cualquier estamento sin el menor reparo, ya que se nos inculca

* Estudiante de Filología Hispánica y de la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad de Antioquia. El texto fue realizado como entregable para el curso de Filosofía Analítica, 2021-2, dictado por el profesor Yoni Alexander Osorio Montoya.

tal actitud desde el comienzo de nuestro intento por desarrollar alguna facultad. Se nos bombardea, se nos imponen imágenes que terminan por darnos un adecuamiento, el cual abre un campo donde se promete comprensión y aprecio, pero es todo lo contrario, ya que la comprensión y el aprecio son imposibles si no se conoce a quien los ofrece, y solo es reconocido y reconocible aquel que goza de una personalidad desarrollada, firme y sin manchas que quiera esconder o borrar.

Todo a nuestro alrededor nos induce a elecciones particulares que nos roban lo singular. No tendremos recuerdos, como el pobre hombre que dice: «¿Vida sin relación conmigo mismo, sin mis ideas, sin emociones propias?» (Bosch, 1968, p. 127); y esto es así pues toda relación con lo ajeno a nuestra esencia es vivir sin emociones propias, aunque parezca contradictorio, ya que todo lo externo es lo que nos revela, poco a poco, nuestra forma. Sin embargo, a lo que nos aventuramos aquí es a afirmar que eso externo, cuando revela, es natural, es también solidez; pero cuando arrebatata, es artificial.

Vivir sin recuerdos personales, sin ideas, sin emociones, perder, pues, la cabeza y la particularidad, es el más terrible de los males. Nadie en su sano juicio quisiera tal cosa. Pero es ahí donde se origina la cuestión fundamental: no se tiene sano el juicio. Se ha inhabilitado. Se desconoce la causa de este interés, pero es algo que beneficia a poderes extraños que no pueden ser comprendidos por autómatas.

En las ideologías no hay un lugar o un espacio interior que tranquilice; es todo un exterior inhumanizante del cual no se puede escapar; por consiguiente, no hay otro estado en el cual resguardarse. Se vive sin tiempo, se exige una extraña inmediatez que obliga a desapropiarse de lo valioso:

Pero no puedo despojarme de mi cabeza así como así. Deme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar? (Bosch, 1968, pp. 126-127).

En un espacio sin posibilidad de sano alejamiento, quedamos perdidos en medio de tantas miradas, miles de ojos nos observan; lo horroroso de esto radica en la imposibilidad de comprender que este vivir sin privacidad es un mal superlativo. Y a ello nos dirige la ideología, la cual nos despoja de distinciones particulares para no cansar al enjambre de miradas vacías que nos detallará.

Se busca constantemente eliminar el decorado del cuerpo, eso que, al ser ofrecido al mundo, da aires de trascendencia, de posible logro; como nos lo plantea este relato, sería despojarnos de la cabeza, esa parte del cuerpo que tantos halagos ha merecido, que ha sido tratada con los mayores cuidados debido a que se le ha atribuido la capacidad de comprender. A una completa acefalía nos intenta sumir este adoctrinamiento.

Hay un reniego de la expresión, un exceso de pasividad, lo que impide que se rompa el ritmo al cual hemos sido arrastrados; presas de este ritmo, no hallamos nuestro individual movimiento, nuestro avanzar:

Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas, y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente. Seguramente en esas vitrinas no entraba aire contaminado, pues las cabezas se conservaban en forma admirable, casi como si estuvieran vivas, aunque les faltaba el flujo de la sangre bajo la piel (Bosch, 1968, p. 125).

Cuando accedemos a una de estas vitrinas, lo hacemos huyendo de la contaminación de lo que nos es ajeno; pero es justamente esto lo que vicia nuestro entorno. Por eso, cobardemente, nos encerramos, casi vivos, sin sangre que nos recorra y avive ardorosos, para en lo otro ensanchar el pensamiento:

La persona se encuentra con un repertorio de ideas dentro de sí. Decide contentarse con ellas y considerarse intelectualmente completa. Al no echar de menos nada fuera de sí, se instala definitivamente en aquel repertorio. [...] El hombre-masa se siente perfecto. Un hombre de selección, para sentirse perfecto, necesita ser especialmente vanidoso, y la creencia en su perfección no está consustancialmente unida a él, no es ingenua, sino que llega de su vanidad, y aun para él mismo tiene un carácter ficticio, imaginario y problemático (Ortega y Gasset, 2016, p. 14).

¿Qué mayor vanidad que la aprobación de un grupo donde desangrados nos acomodamos? Quien es entregado a una simetría que no ofrece disparidad, puede decir que ha perdido su vida, que ya no es parte de nada; por el contrario, son los contrastes los que producen la armonía, la perfecta simetría parte de esos detalles particulares.

Sin posibilidad de réplica, de ruido contra silencio, no hay avance, no hay desarrollo. Una obediencia sin cura, sin verdadero orden al cual seguir, sino un mero arrastrarse a la señal de una voz desconocida, y todo aquel que se resista será visto con desdén, vilipendiado. Ha de haber una comunidad estable, donde cada individuo haga parte con su propio yo, donde pueda hablarse de un conjunto que se moviliza y avanza, y no un colectivo que se estanca y destruye todo aquello que no puede abarcar. Dice Byung-Chul Han: «La sociedad de la indignación es una sociedad del escándalo. Carece de *firmeza*, de actitud. La rebeldía, la histeria y la obstinación características de las olas de indignación no permiten ninguna comunicación discreta y objetiva, ningún *diálogo*, ningún *discurso*» (Han, 2014, pp. 21-22, énfasis añadido). Así, todo intento de acercamiento para comprender será desdeñado.

En no pocas ocasiones se destruye al mundo pretendiendo edificar, sobre los restos, algo mejor; sin embargo, el mundo ya está bien construido; lo que se debe procurar es descubrir lo que tiene por mostrar. Las ideologías aniquilan el lente que posibilita la búsqueda de la verdad; la ideología finge construir bases sólidas cuando en realidad tiene como único fin la aniquilación de la certidumbre. Los variados idearios —en el fondo son lo mismo— imposibilitan la comunicación limitando el lenguaje a sus pareceres, por esta razón devastan la certeza, ya que dialogar es solo necesario porque hay una búsqueda de la verdad por medio del intercambio de cada palabra con sentido, quizá no en lo que se dice, pero sí en dicha búsqueda.

Los que aspiran a procurarse una individualidad por medio del diálogo con el mundo son señalados, poseen esa marca que los distingue, pero que debe ser borrada por el bien de una fingida comunidad:

Al lado de la mesa que ocupé había otra vacía. A poco, dos hombres se sentaron en ella.

Uno tenía los ojos sombríos; me miró con intensidad y luego dijo al otro:

—Ese fue el que huyó después que estaba... [...] Después que ya estaba inscrito...

(Bosch, 1968, p. 128).

Se debe tomar en consideración a ese que huye, no como se suele entender a quien escapa, a quien se esconde, porque esto no siempre significa cobardía absoluta, pues este es el primer movimiento en son de reacción, porque estas cabezas enjauladas estarán sujetas a siempre mirar hacia un oscuro suelo que no ofrece nunca diferencia, que es reflejo de lo ya sabido.

Llegamos a la cumbre de la cuestión, donde se debe formar las bases, las cuales constituyen el ser natural propio, ese que con pertenecerse a sí mismo es una inmensidad que abarca amplios terrenos, donde puede sembrarse entonces el valor significativo de la humanidad, ese grupo de individuos racionales y razonables que generan un movimiento distintivo. Dice Ortega: «El punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio» (Ortega y Gasset, 1970, p. 20). Así pues, ¿qué más artificio que las horribles doctrinas que exigen sacrificios vacuos de sentido?

El que no se arranque la cabeza quedará señalado, será perseguido y se procurará condenarlo al ostracismo. Será, entonces, el *Apátrida*. Múltiples voces lo llamarán, para que acuda presto a cumplir el mandato. Se le prohibirá el cuarto desde el cual es posible contemplar más allá de las ventanas, más allá de las puertas, dado que estarán abiertas, purificando así el interior que será común a quien se arriesgue, valiente y esforzado, a ponerse la cabeza de nuevo.

Inevitable es el temor a ese aislamiento al que son condenados los que, arrodillados, se creen de pie; y con este temor serán amenazados. Muchos caerán en el engaño, pero los que no, los que logren sobrevivir a la marca, comprenderán que ese espacio del que se habló con tanto horror es el más adecuado escenario para reproducir la verdad que allí espera. Y son estos que salen a escena, aunque juzgados, los que posibilitarán la ruptura de las cadenas.

No hay ideología, sobre todo actualmente, que no persiga y castigue; sin embargo, para aquellos que se desprenden esto es necesario, pues es así como ejercitan su criterio, su fuerza de empuje, para cuando llegado el momento pueda imponerse la comunidad humana.

Referencias

- Bosch, J. (1968). *Cuentos escritos en el exilio*. Julio D. Postigo e hijo, Impresores Santo Domingo, R. D.
- Han, B. (2014). *En el enjambre*. Herder Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *El espectador*. Salvat Editores, S. A.
- Ortega y Gasset, J. (2016). *La rebelión de las masas*. Editorial Universitaria.

La manifestación de la honra en el héroe del *Cantar de mio Cid*

Samuel Restrepo Agudelo*

El cantar de gesta fue la forma que asumió la literatura épica en el Medioevo. Un exponente del género en su versión escrita aparece alrededor del siglo XIII: el *Cantar de mio Cid*, poema épico representativo de la España medieval que ha sido adoptado por tantas otras naciones y edades. Rodrigo Díaz de Vivar, mejor conocido como mio Cid, es el héroe que aparece en esta historia y en quien encontramos una característica particular que distingue este cantar: la honra y el honor se convierten en protagonistas de los sucesos del texto y en los movilizados de la acción de Ruy Díaz. De manera que el foco de este breve ensayo estará puesto en ciertas manifestaciones singulares de la honra en los sucesos del *Cantar* y en nuestro héroe mio Cid.

En primer lugar, conviene hacer unas precisiones. Como señala García Larraín (2014), «en tiempos del Cid los conceptos “onor” y “ondra” no estaban diferenciados» (p. 100). Esto lo apunta a pesar del glosario que aparece en la mencionada edición en el que ambos términos abarcan concepciones cercanas, aunque distintas. Por tanto, se preferirá en este texto el término *ondra* (honra) aunque exista una evidente relación sinonímica entre esta palabra y *onor* (honor), pues el primer vocablo es el que más protagonismo tiene en el poema y en los textos consultados. Así, en este texto se reunirá lo que distintas voces han dicho respecto al tópico (ha sido un tema muy visitado), ya que la honra permea toda la historia del Cid que nos refiere el poeta del *Cantar*.

El lector contemporáneo puede advertir que la obra, al menos la versión que nos ha llegado, empieza *in medias res*. No empieza con un equilibrio ideal en el que no han aparecido los problemas, como sucede en otros cantares de gesta, sino que comienza con el lamento de los burgaleses, del héroe e incluso del poeta por el destierro del Campeador ordenado por el rey Alfonso VI. El verso 20 de la edición de Montaner Frutos del *Cantar de mio Cid* (2000) dice así: «¡Dios, qué buen vasallo, si oviesse buen señor!» (p. 7). En esta línea vemos sintetizado el dilema del primer cantar y, por lo tanto, el

* Estudiante de Filología Hispánica y de la Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad de Antioquia. El texto fue realizado como entregable para el curso de Literatura Medieval, 2021-1, dictado por el profesor Mario Martín Botero García.

problema al que se enfrenta la honra de nuestro caballero: «El destierro es para el Cid no solamente calamidad individual que le sobreviene por violencia de la fortuna, sino que indirectamente significa *deshonra*... en la misma forma en que sus próximas relaciones con el rey habrán de traerle *honra*» (Correa, 1952, p. 191). Al principio de la historia el vínculo vasallo-señor ha sido roto y, por lo tanto, ha sido puesta en sospecha la posición del héroe en el universo que plantea el texto y la ideología caballeresca.

El Campeador, que no puede mantenerse en la miseria, se dedica a evidenciar (alguien podría decir «recuperar») su honra por medio de sus acciones teniendo por propósito sobrevivir y establecer un equilibrio en su vida. Esta estabilidad se ve representada en tener a su mujer Jimena y a sus hijas consigo, tener un terreno para sí como el de Valencia y recuperar el amor de su señor Alfonso. Todos estos elementos aparecen en el *Cantar* relacionados con el valor que permea toda la historia. Especialmente el último elemento es fundamental ya que «el rey es la cabeza de esa sociedad de la honra» (Salinas, 1945, p. 16).

Después de la conquista de distintos territorios por parte del Cid, y debido a la clara subordinación y el explícito aprecio de él hacia el rey Alfonso, este último le concede el perdón, levanta la ira regia y le permite al Cid la estabilidad que busca. En un ejercicio de sinergia, el caballero y el rey comparten sus honras. El rey castellano intenta incrementar la honra de su vasallo al ofrecer esposos, los infantes de Carrión, para sus hijas Sol y Elvira, las cuales serán ultrajadas por estos. Estos eventos reforzarán la manifestación de la honra en el caballero al desafiarla y abrirán la puerta a otra expresión de esta virtud, mostrándola como protagonista no solo del primer y segundo cantar sino también del tercero. Queda claro en este punto que el tema del texto no reside solamente en la relación entre Rodrigo y Alfonso; en el cantar segundo entre ambos ya fue restablecido el vínculo de vasallaje y, sin embargo, ahí no se acaban las hazañas y desgracias de Ruy Díaz, como saben todos los lectores del poema.

Por eso, ante la ausencia de sustento histórico del episodio de la afrenta de Corpes, Spitzer (1984) sospecha que los motivos de esta sección son «únicamente poéticos» (p. 20). Tal afirmación generará discusión con otros intelectuales respecto a la historicidad de tal afrenta. Mucho podría decirse respecto a esta discusión, pero la conclusión relevante del debate que se puede ofrecer en esta ocasión es que, correspondan con la realidad o no, estas afrentas a las hijas del Cid aparecen porque permiten ofrecer un contraste entre la *ondra* del protagonista y la *biltança* (infamia, humillación) de sus enemigos, los infantes Diego y Fernando. Como sucede en la toma de Alcocer, Castejón o Valencia, y como sucede cada vez que el Cid debe enfrentarse a un rival, «lo interesante es que allí donde la palabra no alcanza, emerge la acción para saldar la disputa e inclinarse hacia el que puede demostrar que posee mayor empuje heroico» (Terradas, 2013, p. 218). Mucho más en esta oportunidad, pues como dice el autor posteriormente: «los verdaderos enemigos del Cid son los que forjaron su deshonra» (Terradas, 2013, p.

219), no los moros. La victoria del infanzón reivindica su honra frente a los infantes.

Como observa el lector del *Cantar*, la honra y el honor son insoslayables en el desarrollo de la historia del que en *buen ora cinxo espada*. El héroe se siente motivado desde el principio a recuperar las evidencias de su honra. Cada vez que aparece una amenaza a su honor el personaje principal se muestra victorioso incluso antes de librar la lid, ya sea esta una batalla campal o una de derecho, como sabe quien ha leído el tercer cantar. En efecto, el protagonista sale victorioso al final de cada vicisitud y cada desgracia que le acontece le trae más gloria y riqueza. En un ensayo más extenso se podría hablar de la coparticipación del vasallo y del amo, de la dignidad regia o se podría mostrar cómo lo que rodea a nuestro Rodrigo (las nuevas bodas de sus hijas, la gloria de sus mesnadas, etc.) redunda en su propia *ondra*. Basta terminar este escrito con uno de los últimos versos, el 3725, «a todos alcança ondra por el que en buen ora nació» (*Cantar de mio Cid*, 2000, p. 218).

Referencias

- Cantar de mio Cid*. (2000). Ed. Alberto Montaner Frutos. Crítica.
- Correa, G. (1952). El tema de la honra en el *Poema del Cid*. *Hispanic Review*, 20(3), 185-199. <https://www.jstor.org/stable/470703>.
- García Larraín, F. (2014). El honor en el *Poema de Mío Cid*. *Revista de Humanidades*, (30), 97-108. <https://revistahumanidades.unab.cl/index.php/revista-de-humanidades/article/view/236/266>.
- Salinas, P. (1945). El cantar del Mio Cid. Poema de la honra. *Revista de la Universidad Nacional (1944-1992)*, (4), 9-24. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/revistaun/article/view/13412>.
- Spitzer, L. (1984). Sobre el carácter histórico del *Cantar de Mio Cid*. *Antología conmemorativa: Nueva Revista de Filología Hispánica*, 2(2), 105-117. <https://www.jstor.org/stable/40297267>.
- Terradas, J. (2013) La acción como forma religiosa en el *Poema de Mio Cid*. *MLN*, 128(2), 207-224. <https://www.jstor.org/stable/24463391>.



Descender

Fernanda Morales Tovar

Óleo sobre lienzo, 30 x 30 cm

2019

Discurso de graduación*

Federico Jiménez R.

*A Pala
Abril del 2022*

Es un fenómeno extraño en la lengua que una expresión popular habite, simultáneamente, con otra que aparenta ser su reemplazo. Las diferencias de estrato, de ideología, de género y de profesión, rara vez admiten que dos expresiones contrarias entren en el repertorio de nuestra lengua para quedarse.

«¿Qué quieres ser cuando seas grande?», se escucha, paralelamente, con otra expresión que aparenta ser más profunda: «¿y tú qué quieres ser cuando seas niño?»

La disparidad entre comunidades y grupos sociales (en los que se incluye a los profesionales, a los universitarios), nos aleja significativamente de la visión del mundo de una persona común; por supuesto, sabemos que en nuestro país la regla es no tener un título profesional. Por esto, el simple pero importante hecho que sucede hoy, que nos está sucediendo, encierra un peligro que nos es conocido. En tan marcadas diferencias no es de extrañar que sea olvidada la función social de la educación, el deber, que no solo derecho —y sueño con que no se nos olvide nunca—, del profesional para con su sociedad. Es por esto por lo que no hay mejor retribución posible que la de tener presente la larga jornada de estudio —mucho más que solo estudio realmente— que hoy termina.

Nostálgicos, alegres, felices; con un nuevo camino por delante, con nuevos retos, nuevas dificultades y decepciones; mantendremos en nosotros la enorme satisfacción de ser egresados de una institución pública como la Universidad de Antioquia. Conservaremos en nuestra memoria y corazón la labor de quienes fueron nuestros maestros, el calor de los compañeros, la conciencia de que somos capaces de lograr lo que nos hemos propuesto.

Decía que hay expresiones populares que se mantienen, misteriosamente, en el acervo de nuestra lengua, pese a las disparidades de las complejas redes de interacción social,

* Discurso preparado para los grados colectivos de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. No fue leído.

pese a las diferencias generacionales. Me pregunto cuándo habrá comenzado la preocupación por nuestro futuro, la realización de que queríamos ser profesionales.

En el gueto de Varsovia —nos cuenta Steiner— un niño escribe en su diario: «Tengo hambre, tengo frío; cuando sea mayor quiero ser alemán, y entonces ya no volveré a tener hambre, ni volveré a tener frío». Si hay un significado profundo en las expresiones populares con las que comencé este pequeño discurso, están en cada una de las letras de esta plegaria de un niño judío. Pero no soy yo el indicado para revelarlo. Estas cosas nos tocan a cada uno en los momentos de silencio.

«¿Qué somos ahora que somos “grandes”?» ¿Qué es lo que haremos por las nuevas generaciones, por la dignidad humana?

Pero en la cultura no solo las expresiones se repiten. Aunque a primera vista no lo parezca, también se repiten estados de ánimo y de intensa actividad política. Hace pocos años, si bien la mayoría de nosotros apenas éramos niños, la universidad vivía uno de estos momentos. El maestro Carlos Gaviria Díaz, el sueño de tener un profesor sabio en la presidencia, ponía en un solo corazón al *alma mater*. Aquel sueño no se cumplió. Sin embargo, deja presente la vitalidad de este momento; nuestro momento. Nuevos sueños, pues, son los que nos tocan.

Apenas comienza nuestra vida profesional —algunos como posgraduados— y desde ya se dibuja en el horizonte la necesidad de nuestra acción. Son pocos los meses que restan para tomar postura en uno de estos momentos de agitada vida nacional. Vivir la realidad social, aprender que no se es al mismo tiempo de la Universidad de Antioquia y apolítico; que somos nosotros quienes estamos llamados a tomar las decisiones, quienes transformaremos nuestro entorno; que estamos preparados para revelarnos ante la injusticia y ejercer de modo ejemplar nuestra profesión. Ambas cosas que, en el fondo, son la misma.

Todo esto muchos de ustedes lo saben bien. Nuestra facultad sí que es ejemplo de contrastes. Estoy rodeado de periodistas y comunicadores, y ustedes, compañeros, entienden y viven mejor que yo lo que he dicho. Dar voz a quienes no la tienen, a quienes no tuvieron la oportunidad; la tarea no puede ser más admirable y más ardua, y, por esto mismo, más acuciante.

Todas las vivencias por las que hemos pasado a lo largo de nuestra vida universitaria nos han demostrado que ser estudiantes —y ahora egresados— de la Universidad de Antioquia, no se parece a otras cosas. Y, por supuesto, no solo me refiero a lo que

aprendimos en las aulas o a lo que leímos en los libros. Hay un aire de *universitas* (de pequeño universo) que rodea a nuestra ciudadela. La amistad, el amor, la entrañable conversación; la magnífica sensación de ser jóvenes y de estar finalmente en el hogar que hemos escogido, de vivir, en un pequeño caos, el universo.

Son particulares las paradojas que nos han alimentado a lo largo de estos años. Mal que bien, las jornadas de protestas, los paros, salir corriendo de la universidad; pero también el aire festivo y el bullicio nos han formado como ciudadanos integrales. Bien puede ser que esta paradoja encierre el secreto de la complejidad humana. Aquí hemos aprendido a sensibilizarnos; aquí hemos estado por fuera de la burbuja que simplifica y da la espalda a la complejidad del hecho humano. ¿Qué somos ahora que somos “grandes”? ¿Cuál es nuestro papel en todo esto?

Habrán días de silencio y frío del corazón. Nos acompañará, pese a todo, la conciencia de que haber sido estudiantes de la Universidad de Antioquia significa ser ciudadanos capaces de cambiar la realidad de nuestro país. La convicción de que no volveremos atrás. De que ser indiferentes a la realidad es traicionarnos. De que la búsqueda por el conocimiento, el cuidado en el mensaje, el respeto por el medio, todo esto para lo que estamos tan bien preparados, es en sí mismo el aliento necesario, es la búsqueda por la dignidad del hombre.



Contraste deambulatorio
Fernanda Morales Tovar
Óleo sobre lienzo, 80 x 100 cm
2019



MISCELĂNEA

Correo abierto a Alberto Mayor Mora

Apreciado profesor Alberto:

Ante todo, excúseme el acartonamiento. Me gustaría encabezar el mensaje con un simple *Alberto*. A juzgar por los textos suyos que he leído, me veo tentado, pero no me atrevo. La muerte sigue imponiéndome un límite que va mucho más allá de la mera cortesía. Aun así, hoy quiero escribirle. Se lo adeudo. También a aquellos que han disfrutado de la alegría de pensar con sus investigaciones, con usted.

Permítame presentarme. Me llamo Luis. No soy sociólogo. Soy filólogo. Pero nuestras disciplinas nos emparentan —bien lo sabe usted, lector de Weber—: los métodos históricos y comparativos que ambas comparten no son ni casualidad ni frutas nuevas en el jardín del Edén, por más que los azares curriculares así los vendan; tampoco es gratuita la coincidencia en algunos conceptos fundamentales, por más que la filología —valenciana, carrasquillesca, mítica—, en vez de reconocerlos y someterlos a escrutinio permanente, se desparrame a rumiar en lucrativas y paradisiacas burocracias; por más que, valga también decirlo, la sociología monologue sobre una estricta tradición disciplinar.

Excúseme igualmente esta acidez. Ella no viene al caso, pero ilustra, a fuerza de contraste, la impresión que me causó *Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo xix*. Qué sorpresa, qué divertimento ver a mis vecinos, a mis propios familiares, artesanos y obreros, explicados en su libro. ¡Conque el mismísimo Mutis y los entusiastas criollos y españoles de la Ilustración aún se revuelcan por cada talabartero o constructor que no entrega la obra según lo pactado! ¡Conque esta tragicomedia de la modernización ha acuñado así mi barrialeda! ¡Conque hasta allá se remonta el estatus, la jerarquía de aprendiz, oficial y maestro...!

Años de reconocerle la dignidad de don a don Carlos el tendero; a doña Delia, la de señora ama de casa; a don Víctor, la de oficial... ¿Y a son de qué? Convencido hasta la médula de las ideas que a todos nos han hecho *don* y *doña*, que han reservado *señor* y *señora* solo para los padres —que no lores o hacendados—, habría desterrado por completo semejantes vocablos y maneras. Pero los maestros Francisco, Ramiro y Libaniel, venerables abuelos, esos sí que son gente de otro calado. Todos ellos más, incluso, que docentes, licenciados y doctores, pues cuentan con el saber de la

experiencia, conseguido casi siempre a los tiestazos y matizado por las canas, las contradicciones y la modestia —y si alguna vez, víctimas y victimarios, actuaron como jaguares provocados por el hierro vivo de la violencia, no faltaron aquellas matriarcas a cuyas señales todavía acude la prole numerosa e inquieta—. En justicia de tales raíces, le confieso, me reconocía aprendiz de varios oficios, recogía hábitos y valores, *amén* de la respuesta ritual a las bendiciones de las abuelas. Pero no son lo mismo recoger y comprender. Y no puede criticarse lo que no se comprende.

En verdad, si la nación son los vecinos, como dice mi amigo Augusto —él sí sociólogo—, y si «la filología es el conocimiento científico de la actividad y la vida enteras de determinado pueblo, en determinado periodo de su existencia», según la definiera August Boeckh a inicios del XIX, nosotros aún debemos considerar a fondo a quienes no legan sino obra manual. Y obra manual también es la familia, acaso como lo que más, para bien o para mal, lo que aquí con claridad y sobriedad nos enseñan la gran Virginia Gutiérrez y usted: desde tan tempranas mediaciones se produce, se cuece todo texto, toda idea —nunca creatura genial o inspiración divina—.

Profesor, me contraría informarle que a finales de 2020 empezó a circular un PDF en el que, junto con mi amigo Andrés, retomo estas y otras provocaciones suyas, amarradas a la pregunta por una región que produjo, sí, a la estirpe Greiff y al liberal Alejandro López —tan admirado por usted—, pero también al reaccionario Efe Gómez y a los igualmente plebeyos Carlos Castaño y Pablo Escobar; ha pasado suficiente tiempo desde que tuve en mis manos el ejemplar impreso de esa investigación y hasta hace muy poco aún me repetía: debo levantarme el correo electrónico de Mayor Mora, a ver qué nos critica, a ver cómo nos orienta... Yo apenas me enteré. Me contraría, digo, no haberlo sabido, pensar durante tantos meses que usted aún me respondería cuando le escribiera... Quiero, sin embargo, dedicarle estas palabras de homenaje. Y que el aniversario pase como un festejo.

Usted y mi abuelo no se conocieron, pero bien se habrían entendido.

Luis
Niquía,
24VIII22



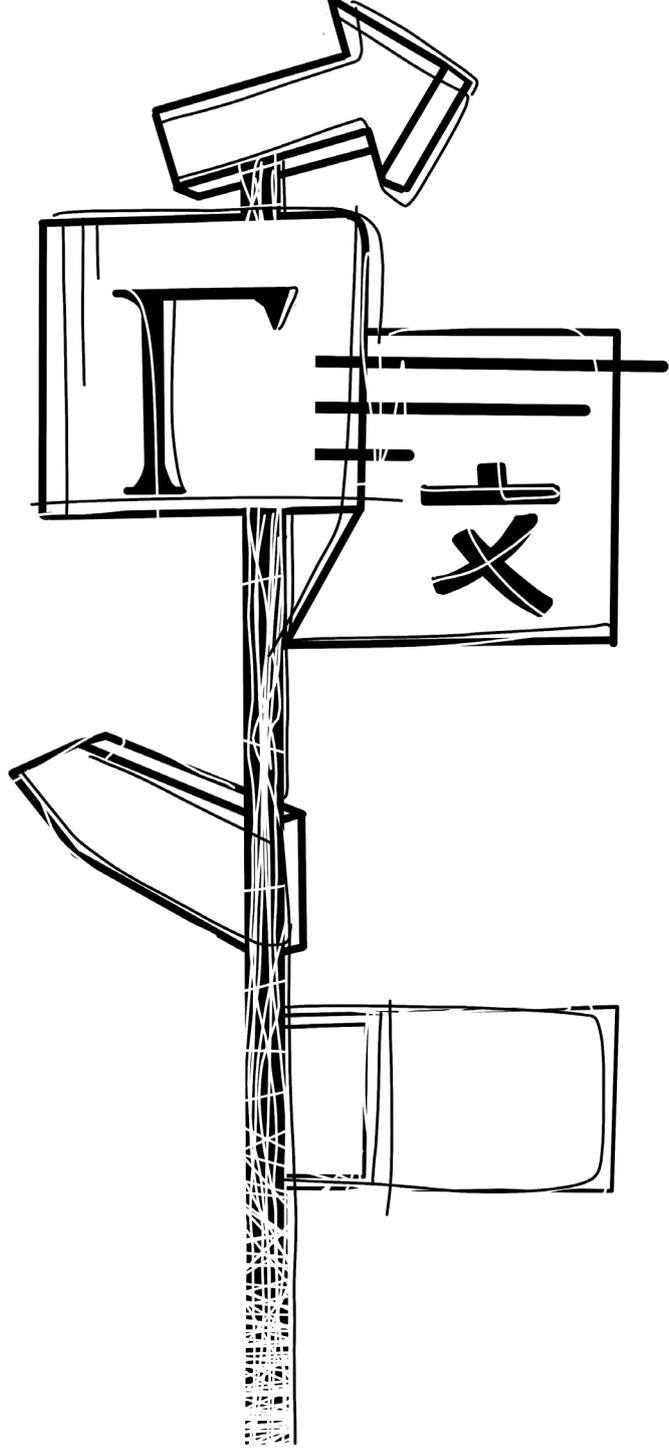
Ocaso

Fernanda Morales Tovar

Óleo sobre tela, 30 x 30 cm

2022

TRADUCCIÓN



Poemas en lengua inglesa sobre la Guerra Civil Española

Versión castellana de Mario Yepes Londoño*

Thomas O'Brien (1914-1974). Irlandés voluntario en las Brigadas Internacionales. Posteriormente miembro del IRA y cofundador del New Theatre Group.

Terror

*I lay and speculated on the impact of a bullet;
Had sight of a body spurting blood,
Sprawled helpless dying;
Clearly I saw myself erect and then
Staggered in the shock of bullets.
I saw the cold eye of the gunner,
I saw the black rim of the gun's muzzle ;
I said, chewing breadcrumbs:
« In a few moments I may be dead ».
Terror is kept under a steel spring;
It is the octopus in every soldiers's eye
In still deep waters calm, O calm.*

Terror

Me tendí, y especulé sobre el impacto de una bala;
Y pude ver un cuerpo chorreando sangre,
Agonizante, desgonzado, sin remedio;
Nítidamente me ví, primero erguido y luego
Convulso por el impacto de las balas.
Ví la fría mirada del artillero,
Ví el negro contorno de la boca del cañón;
Dije, masticando mis mendrugos:
«En pocos momentos puedo estar muerto».
El terror aguarda debajo de un resorte de acero;
Es el pulpo que ve todo soldado
En las tranquilas aguas profundas y calmadas, Oh, y calmadas.

* Profesor de la Universidad de Antioquia. La traducción fue realizada en Medellín, Colombia, en el año 2022.

International Brigade Dead

*A lonely student in a silent room
 Quits his lagging pen to dream
 Of thundering mountains;
 Crouches, tight-faced, where the vine stump
 Spreads its silent singing leaves,
 Still eyes where the lifting dust
 Speaks of death;
 Leaps from vine to covering vine
 To the mound of safety;
 Dies, as fancy has it,
 Gladly on the sun's bright theatre.*

*An old man lifts his misty eye
 To the brown ceiling of his life,
 Regrets the nearness of his papered walls,
 Wonders why he dared not dare
 The sun to cast his leaning shadow
 Forward on a page of time
 Unticked by clocks on tidy mantels.*

*A poet takes the sudden bayonet gleam to paper,
 Waking hurried echoes in the huddled hills,
 Not for any prideful lust or wing-clipped cause –
 But for their beauty, those children of the wonder-moment,
 Who dared to die in youth that youth might live.*

*Where the rising sun is,
 Where the setting sun is,
 Where the sun is
 And the rain,
 Where the striding spirit is
 They go in their battalions,
 Eager as the elements they conquered.
 With you, O youth forever,
 They shall never rest in peace.*

Muerto de la Brigada Internacional

Un estudiante solitario en un cuarto silencioso
 Abandona su pluma perezosa para soñar
 Con montañas tempestuosas;
 Se agazapa, ocultando el rostro, allí donde la cepa de la vid
 Extiende sus hojas de silente canto,
 Los ojos fijos donde el polvo alborotado
 Habla de muerte;
 Salta desde la vid a otra parra acogedora
 Hasta un túmulo seguro;

Muere, predestinado,
De buena gana sobre la escena que el sol alumbra.

Un viejo alza la mirada turbia
Hacia el oscuro cielorraso de su vida,
Lamenta la proximidad de los muros empapelados,
Se pregunta por qué nunca osó atreverse
A que el sol proyectara su sombra encorvada
Sobre una página del tiempo
No marcada por relojes en soportes impecables.

Un poeta traslada al papel el súbito fulgor de la bayoneta,
Y despierta ecos apresurados en las hacinadas colinas;
No por cualquier orgulloso apetito o causa perdida –
Sino por la belleza de estas criaturas de un maravilloso instante
Que se atrevieron a morir jóvenes, es por lo que podrían vivir los jóvenes.

Allí donde nace el sol,
Allí donde se pone,
Allí donde sopla el viento
Y donde llueve,
Allí donde el espíritu marcha desenvuelto,
Ellos van en batallones,
Ansiosos como los elementos que vencieron.
Contigo, Oh juventud imperecedera,
Ellos jamás descansarán en paz.

J. T. Roderick:

Memory

*Do you remember Calabria
And the stately hills beyond?
Do you remember Huesca
In the sun-baked bloody land?*

*Do you remember men who fought
And men who died, and those
Who came back, lame, dispirited,
Broken, alone and sad?*

*Yes, I remember war in Spain,
And old wounds open again,
Lifting their mouths in anguish
And the burnt blood boils again.*

Recuerdo

¿Recuerdas a Calabria
Y, detrás, las colinas imponentes?
¿Recuerdas a Huesca
En la tierra ensangrentada, calcinada por el sol?

¿Recuerdas a los hombres que lucharon,
A los hombres que murieron, a aquellos
Que volvieron, cojos, exánimes,
Quebrantados, solos, tristes?

Sí, yo recuerdo la guerra de España,
Y las viejas heridas reabiertas
Elevando sus bocas angustiadas
Y vuelve a hervir la sangre calcinada.

A.M. Elliott:

Jarama

I

*Unrisen dawns had dazzled in your eyes,
Your hearts were hungry for the not yet born.
In agony of thwarted love and wasted life,
Through all long misery, from countries torn
With savage hands, you did not shrink or bend,
But marched on straighter, prouder to the end.*

*Not blindly, fighting in another's war,
Lured by cheap promises and drugged with drums,
Striking down brothers in the name of lies,
Slaves of the blackest with all senses numbed –
But clear-eyed, bravely, counting all the cost,
Knowing what might be won, what might be lost.*

*The rifles you will never hold again
In other hands still speak against the night.
Brothers have filled your places in the ranks
Who will remember how you died for right.*

II

*The day you took those rifles up, defied
The power of ages, and victorious died.*

*Comrades, sleep now. For all you loved shall be.
You did not seek for death, but finding it –
And such a death - better than shameful life,
Rest now content. A flame of hope is lit.
The flag of freedom floats again unfurled
And all you loved lives richer in the world.*

Jarama

Auroras no despiertas ofuscaban en vuestros ojos,
 Y vuestros corazones desfallecían por los no nacidos.
 Agónicos de amores frustrados y vidas desoladas,
 En medio de todas las miserias, venidos de países
 Desgarrados por manos salvajes, nunca acobardados ni sometidos,
 Os vimos marchar altivos, orgullosos hasta el fin.

Con plena advertencia, peleando la guerra de otro,
 Atrapados con promesas baratas y narcotizados con tambores,
 Abatiendo hermanos en nombre de mentiras,
 Esclavos del más negro con todos los sentidos atrofiados –
 Pero con la mirada limpia, con valor, calculando todo el costo,
 Conscientes de qué se gana, de qué se pierde.

Los fusiles que ya no cargaréis,
 Aún increpan a la noche en otras manos.

Hermanos han llenado vuestros claros en las filas
 Y habrán de recordar cómo habréis muerto por lo justo;
 El día que tomásteis los fusiles, desafiásteis
 Al poder de las edades y habéis muerto victoriosos.

Dormid ahora, camaradas. Que todo lo que amásteis, vivirá.
 La muerte no fué lo que buscasteis, pero hallándola –

Y semejante muerte, mejor que una vida vergonzosa –
 Ya descansad contentos. Una antorcha de esperanza se ha prendido.
 La bandera de la libertad flota otra vez bien desplegada
 Y todo lo que amábais en el mundo, ahora es desbordante.

Zofia Schleyen (1904-1994). Como su esposo Mieczyslaw Edgar Schleyen, ambos polacos y comunistas, participó en las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española; luego en la Resistencia Francesa durante la Segunda Guerra Mundial y en la reconstrucción de Polonia, aunque luego fué perseguida por el régimen comunista. Química farmacéutica profesional, poeta y novelista. Fue notable traductora al polaco de escritores españoles del Siglo de Oro y de Alberti, Neruda y Martí entre muchos.

Plaza de España

*If there is peace among these branches
 Hanging here without a sound,
 The wind brings other tales of trenches,
 Tales of war on Spanish ground.*

*Don Quijote, why at rest?
 Centuries have turned the wheel*

*Since your fathers died and left
Their arms of honour and of steel.*

*Is your heart not fierce and burning
Underneath your old cuirass.*

Plaza de España

Si hay paz entre estas ramas
Que se extienden aquí sin un sonido,
El viento trae otras historias de trincheras,
Historias de guerra en el suelo de España.

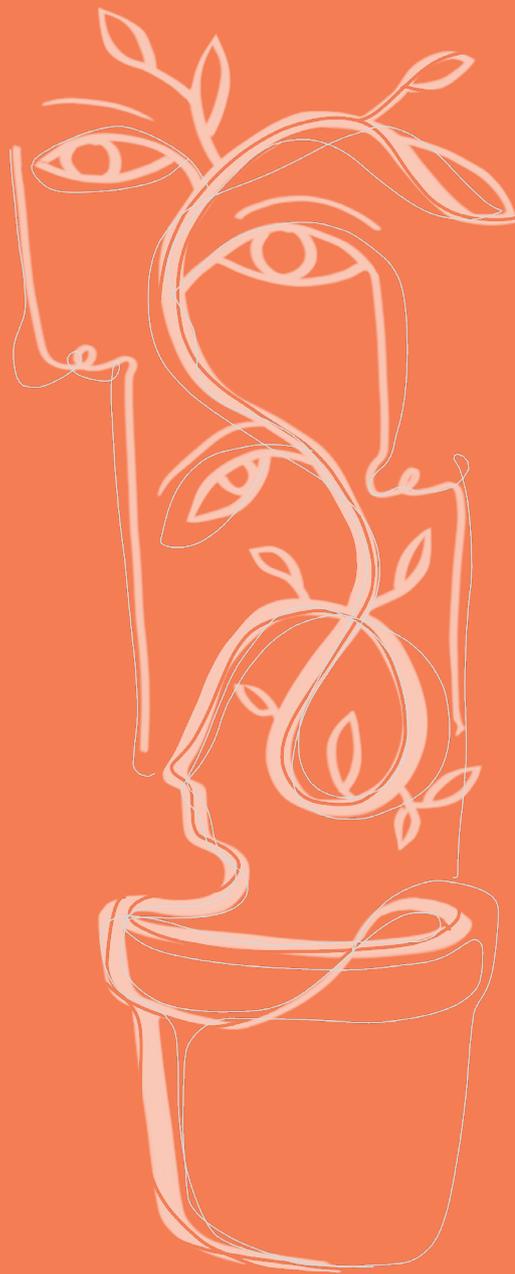
Don Quijote, ¿se puede descansar?
La rueda de los siglos ha girado
Desde que sus padres murieron y dejaron
Sus armas del honor y del acero.

No es ya tu corazón ardiente y fiero
Debajo la coraza antigua.



Pensar-sé. Daniela Ríos Henao. Rapidógrafo y marcadores sobre papel opalina, 21.5 x 28 cm. 2022

ESCRITURA CREATIVA



Un cuento sobre un divino error gramatical*

John Stiven Avendaño Vargas

Aunque siempre dejaba que la vida ganara porque, según decía, «soy demasiado cobarde para enfrentar la vida», no dejaban de sobrevenirle *desgracias* o, como su amiga influencer en tono apodíctico sentenciaba: *aprendizajes*.

No podemos hablar de mala suerte y esta historia nos podrá dar luces de la maldición divina que acaecía sobre Carla. De antemano, por ejemplo, sabía que debía amarrarse los zapatos dos y tres veces para evitar recurrentes caídas, ponía 4 alarmas porque nunca se despertaba con la primera, salía con mucho tiempo de anticipación debido a que los buseros nunca le paraban: muchas veces le tocó caminar debido a su mala suerte con el transporte público -caminar sumado a la alta posibilidad de caerse puede provocar ansiedad-.

Intentó de todo, desde baños con agua de ruda para eliminar las malas energías, hasta ayunos de dos y tres días en iglesias de garaje.

—Buenas tardes, vengo a donde el chamán para que me limpie los chacras.

—Ay señorita Carla, justo hoy se le infectó un uñero y Don Chamán no puede caminar.

La mala suerte siempre estaba de su lado y Carla, cansada de ser apretada y no ahogada, decide dar, por iniciativa propia, el paso que su creador tenía reservado para otro día. Sabía que con su mala suerte hasta un suicidio podría ser una odisea. Lo intentó los domingos porque, gracias a Durkheim, sabía que el suicidio tenía mayor efectividad ese día. Se rompieron 7 sogas que abrazarían su cuello y 3 ramas que

* Nota del editor: El siguiente texto fue compartido por Angie, amiga íntima de John.

Obed y Samuel, también amigos y colegas de John, deliberamos que la mejor tarea de corrección para este texto era no hacerle ninguna enmienda. El estilo de escritura de John merece un tratamiento especial, ya que es posible corregir algo que no era un error sino una marca de su estilo y, por lo tanto, resultar errando. John era consciente de que la escritura era una oportunidad para reflexionar acerca de las limitaciones del lenguaje. Podríamos haber puesto las comas del vocativo donde correspondía, podríamos corregir el uso amañado de las comillas y la cursiva, podríamos haber corregido algunos errores tipográficos u ortográficos que plantean problemas sintácticos; sin embargo, no nos atrevemos. John no está aquí como para revisar el texto y para decirnos qué es accidental y qué es fundamental; no está para putearnos por no haber sido suficientemente rigurosos en el proceso de corrección; no está, finalmente, pero sí está su cuento. Léanlo y propongan ustedes las correcciones que vengan al caso. Después de todo, la corrección, se quiera o no, no solo es un proceso de lectura, sino de escritura.

Por último, cabe señalar que la familia de John nos permitió publicar el texto de su apreciado hijo, sobrino, hermano y nieto.

sostenían las sogas, vomitó 46 píldoras de distintos colores, las menores cortavenas no tenía filo, el cuchillo tampoco, inclusive leyó a Werther para contagiarse de sus efectos; pero no tuvo resultado alguno.

Por último, decidió tentar a su mala suerte. Luego del último escalón que llevaba la segunda planta de su casa plantó una cubeta que, posteriormente, llenó de agua con el propósito de tropezar y ahogarse en ella. Sorprende que se cumplió la primera parte de su plan: cayó de cabezas en la cubeta; sin embargo, el detonante de su muerte no fue la falta de oxígeno. El agua se regó y ella se empapó, la inercia hizo que rebotara en los escalones que previamente había subido y su celular, que estaba en el bolsillo, hizo corto circuito, una pequeña corriente eléctrica alcanzó a subirle a la cabeza y acabó con su vida. Qué mala suerte. Increíble. *Qué mala suerte, dijeron los familiares.*

En el mundo de Carla, los ángeles y deidades debieron adaptarse a La Cuarta Revolución Industrial divina que incluyó la creación y digitalización de los libros de la vida (en uno no cabe La Humanidad). La Base de Datos General de la Humanidad Donde Están Inscritos Tanto Pecadores como Benévolos Filántropos -También Pecadores- conocida por la corta sigla de LBDGHDEITPBF. También se digitalizaron otros libros: el libro de los que son ayudados por madrugadores (LAM) [o el libro AM como dice Marta, la secretaria de EL SEÑOR], El Libro de los Castigados sin Piedra ni Palo (LCSPP) [sabemos que no son métodos correctivos que agradan a EL SEÑOR], El Libro de los Muecos que Recibieron Pan Divino, (ELMRPD) entre otros.

En fin, por más GODEXCEL que manejara Marta, su trabajo era tediosísimo y mal remunerado: le pagaban con una vivienda en la Gloria; pero a costa del manejo de miles de bases de datos, atención y servicio al cliente de almas que buscaban su lugar en los cielos, hacer tintos y matar cucarachas célicas. Siempre envidió el trabajo de Caronte que solamente debía manejar un barco y asustar a los pasajeros. Mientras pensaba en la posibilidad de pedir un aumento que seguramente le negarían, porque los salarios de EL SEÑOR son perfectos, llegó un alma atípica.

Carla que antes de la transfiguración en ángel ya relucía una piel nacarada, ojos esmeraldas, cabello carmín y qué decir del cuerpo cuyas curvas le recordaban los instrumentos Luzbel -el ex músico de la banda celestial y luthier estrella que había renunciado debido a que vivir en la Gloria no le bastaba-. *Una lástima que deba pasar por la transfiguración cuando claramente cumple con los estándares renacentistas que son canon en el arte celestial, nunca sabremos cómo se hubiera visto bajo los ojos de Boticelli.*

—¿Disculpe?

Marta intentó huir de sus paganos pensamientos y se incorporó en sus funciones.

—Bienvenida al primer filtro para llegar a Puertas de la Gloria. Mi nombre es Marta y soy la encargada del primer reconocimiento le pido sus nombres, por favor.

—Carla Rueda.

Luego de poco tiempo, Marta, que detrás del escritorio juguetea con un lapicelestial, dice:

—Señorita Carla no encuentro sus datos, en teoría, debería aparecer en alguna de las numerosas bases de datos, inclusive busqué en la base de datos de *Mártires*; pero le faltan milagros. Haremos reconocimiento con un software facial. En otros tiempos, el hacedor confirmaba las identidades directamente y quien no apareciera en La Lista era guiado a las profundidades por mi colega Caronte; pero está muy ocupado EL SEÑOR, porque, aquí entre nos, —Marta deja escapar una risa nerviosa—, a Caronte le pagan por nada. El señor está gestionando unos predios con el COSMOS para empezar otro proyecto humanitario y en este momento no puede atenderla. A ver, mire la cámara y sonría.

Carla mira un pequeño aparato. En un holograma de color cyan aparece: *CARLA RUDA*.

— Ah señorita Carla Ruda, todo listo, -afirmó mientras sostenía el lapicelestial con la boca-, acá tengo sus datos. Causa de muerte: Accidente... un accidente extraño y eso que he leído muchos accidentes: ahogadas con su propio vómito o en charquitos de agua lluvia, paro cardíaco el día del cumpleaños, un uñero infeccioso; pero nunca electrocutados con un celular. En fin, usted, señorita Ruda, está en el listado de “Los mejores guerreros”, la invito a que continúe por el camino celestial, más adelante encontrará al “hombre de las llaves”.

Aunque Carla siempre toleró a las personas con facilidad de palabra, le irritaba un poco seguir escuchando a Marta y agradeció al cielo que terminara su monólogo, pensaba que, además de ser irrespetuosa con EL SEÑOR, era fea, difícil de mirar. La decepción no es algo extraño para un terrícola debido a que los hombres llevan siglos idealizando a las criaturas del más allá. Las transfiguraciones divinas dejan la piel carrasposa para soportar el espacio sagrado una eternidad y la ausencia de nariz produce cierto extrañamiento a seres *narizados* porque, bien sabemos, los cuerpos gloriosos no necesitan respirar; tampoco tenían vello corporal, puesto que no hay infecciones; mucho menos tenían dientes, no necesitan masticar nada. En definitiva, mientras Marta hacía todo el *Check-In celestial*, Carla no dejaba de ver el espacio vacío entre los ojos y la boca... *alguien de medio oriente sin nariz, ni cejas, ni dientes*, pensaba. Realmente extraño.

Marta empieza a golpear la mesa con su lapisagrado y se pasa el dedo meñique por donde debería estar su ceja izquierda, gesto que puede significar el incordio que supone tener a un semejante con cabello, dientes y nariz mirando sus carencias. Carla, que no era idiota, entendió el mensaje y tímidamente, le pregunta:

— Un señor de llaves, claro; pero no me sé mover entre nube y nube. ¿Cuál es el camino?

Sonaron un par de trompetas, no fueron siete; pero las suficientes para saltar

del susto. Una nube con forma de ser celestial, es decir, de desnarizado, empezó a bailar hip hop. Los pasos eran divinos, perfectos, y cada tanto pronunciaba: *Jesús es el camino*. Un símil para ilustrar la situación, bailaba como los chicos que trabajan haciendo volteretas con carteles publicitarios de alguna marca.

El suelo hecho de nube se movió.

—Ya que la mala suerte me trajo a la Gloria — Dijo Carla, mientras ascendía—, vivamos.

— Ahí quedó el relato, la verdad no sabría cómo describir la Gloria; aunque seguro es aburrida.

— Está gracioso; pero se está arriesgando y lo sabe. ¿No se da cuenta de lo fácil que esto nos puede joder la vida? No sé por qué me sigo encontrando para que me lea los avances de un nuevo pecado.

— Já, te gusta el pecado picarón.

— Dios sabe que no. Usted, el único lo suficientemente idiota como para escribir a mano, *sin ser corregido por ellos, y yo, idiota por escucharlo...* Además, justamente sobre ese tema. Justamente, John, usted es como imbécil. Sabe lo que le pasó a Prometeo por retar a los dioses y sigue ahí, insistiendo con sus chistes mediocres que solamente le dan risa a usted.

— Ahora te estabas riendo. No escribo para los dioses, ¿acaso te creés uno?, le escribo a los pocos que siguen apreciando la carne, lo humano, lo inmanente.

— *Lo inmanente.*

— Sabés que ese tono me molesta, ¿te gustó o no te gustó?

— Me gustó. Solamente quiero que recuerde que ya estamos viejos, que no estamos como para *luchar desde la palabra contra la ignorancia* como los ilustrados que quedaron en el olvido por la mayoría: eso incluye a sus familiares y vecinos. Además, como si se necesitaran héroes para cumplir el sueño ingenuo de acabar con Los Valores Supremos. Por Dios, le recuerdo que el mismo que mató a Dios en una frase proponía que, con la caída de Los Valores Supremos, el hombre carecería de metas, entraría en un nihilismo: sin propósito, sin ideales que den sentido a nuestras formas de actuar en el mundo. Se equivocó, esa caída, esa decadencia moral no llegó; *pensamientos que caminan con pies de paloma dirigen el mundo*.

— Y qué palomas tan mamonas. El mundo radicalizó su moral y en eso coincidimos; pero esto es solo un juego inofensivo. Sabés que ya nadie lee y nadie me escucha por malhablado, además, vos y yo desde un comienzo *no fuimos compatibles*. En un mundo donde todos hablan igual, vos y yo estamos pecando.

— ¿Escuchaste? Ya tumbaron la puerta de abajo, parecen galopar. Ya vienen los

ejércitos celestiales.

— Seguramente los llamaste, ¿cierto?, este cuento va sobre suicidas.

Poco le importó a Don Carlos Delgado, (director nacional de la empresa TELPTO desde el 2050, líder en telecomunicaciones, filántropo por decencia, miembro de la fundación Salvando Almas de la Maledicencia), que el auto-corrector psic-oral OGT-1 no pasara las primeras pruebas que determinarían los posibles daños colaterales en los usuarios. Obviamente no se determinó, oficialmente, ningún daño colateral. Los cuerpos soportaban el pinchazo y la inserción del micro-chip que, aunque a simple vista no provocaba ningún cambio en la forma de ver el mundo, las palabras y pensamientos eran corregidos.¹

— Toca homogenizar las correcciones de habla. No le podemos quedar mal a los inversores. Además, se aproximan elecciones y es necesario cumplir... somos hombres de palabra... Señora Cristina, le pido el favor de programar el *meeting* con las comunidades religiosas que nos patrocinarán nuestro sueño.

— Listo Don Carlos, ya mismo lo organizo. ¿Quiere un tintico?

Nota del narrador: Gracias a que soy el único personaje que puede ofrecer esta información por asuntos de verosimilitud, puedo viajar en el tiempo... Les cuento lo que realmente sucedió: los errores en el software en el chip permiten que los pensamientos sean hackeados. En definitiva, controlados y escuchados de manera remota, quitándole autonomía al algoritmo corrector. Ese error, al parecer, no fue tan casual. En un principio le dieron rienda suelta al algoritmo y los pensamientos fueron corregidos según el criterio científico: los lingüistas e ingenieros, posteriormente fueron vigilados por TELPTO, para finalmente regularlos y permitir solamente pensamientos de bien.



Enlace

Fernanda Morales Tovar

Óleo sobre lienzo, 100 x 90 cm

2020

Poemas

David González

Piel y silencio
apenas colgajos

entramado de consecuencias
como témpanos sumergidos
premeditan tragedia

acalladas las voces
estoy en paz.

Sobre esta patria
tramas del basural

adentro del hambre
las manos tajean
hendiduras.

Los cuerpos
en fuego
refutan la creencia
que en el humo
acontece
solo humo.

El fotógrafo

Meneses Monroy

Para Jorge Reyes

En su décimo cumpleaños sus papás le regalaron una cámara. Enseguida descubrió la importancia de la luz al capturar imágenes. Aprendió a retratar a sus conocidos mejor que nadie. Les hacía fotos periódicas para analizar los cambios que se producían en sus rostros. Se obsesionó con fotografiar insectos. Sus fotografías creaban películas en donde se veía con detalle el movimiento de los insectos, de cada una de sus patas y alas. Descubrió cómo simular las tres dimensiones a través de su lente, y haciendo uso de una impresora 3D que él mismo modificó podía crear réplicas casi exactas de los insectos fotografiados. Más que réplicas eran clones con las mismas características, inteligencia y movimientos que los originales. No pudo resistir la tentación: crearía un doble de sí mismo. Dicho clon trabajaría como fotógrafo de eventos sociales o en algún departamento de gobierno; así el símil ganaría el sustento mientras el original seguía creando cosas extraordinarias. La copia salió como estaba previsto, a imagen y semejanza de Jorge. Misma altura, mismo color de piel, mismas facciones. Recién creado, el doble fue enviado a realizar trabajos. Pocas horas tenía de que el símil saliera cuando el fotógrafo se dio cuenta de que los insectos clonados mataron a los insectos originales. Había jugado a ser Dios. Supo que solo un Jorge prevalecería; lo único que ignoraba era cuál.

El reino de la inutilidad

Santiago Galeano Muriel

Fue olvidada esta luz
Pronto un enjambre de luz también
Nadie testimonia la carne

Voz nadie
Voz calavera
Voz descubierta

Multitud de inutilidad
Irrepetible inutilidad
Canto a la inutilidad

Ya se remueve
 ¿Dónde?

Un vaciado de huellas
Un injerto de señales
Un gemido de inutilidad

Tal vez alguien lleve cosida esta corona.



Del reino de la inutilidad. Ana Brito Peralta. Acrílico y laminilla de oro sobre lienzo, 60x40 cms. 2022.

Orión

Santiago Galeano Muriel

Bajo la temperatura del ausente
naces

Vibras
distante
en mi pupila

Lejanía
que habitas durante
lo opaco

Mataron al electo

José David Ruiz Álvarez

El siete de agosto, en plena posesión presidencial, asesinaron al presidente electo. Lo asesinaron ante todos los espectadores. El hecho fue transmitido en vivo y en directo por todos los medios; todos lo pudimos ver.

Un hombre salió de la multitud cuando el presidente electo se dirigía hacia la Casa de Nariño para recibir el mando del jefe de estado en ejercicio. Nadie hizo nada. El hombre vestido de negro y con la cara descubierta caminó a paso acelerado hacia donde estaba el presidente electo. Como se acercó por la espalda, su comitiva no vio al asesino acercarse; sin embargo, el mandatario en ejercicio presenció el desarrollo de toda la escena sin inmutarse.

El asesino alcanzó al presidente electo y le dio un disparo en la parte baja del cráneo, justo donde la nuca se convierte en cabeza. Todos vimos, algunos en persona y otros a través de nuestras pantallas, que este homicida tuvo inclusive tiempo de apuntar su arma con precisión para que no hubiera fallo alguno. Inclino la pistola hacia arriba, en un movimiento que parecía lento, justo después de ubicar el cañón en la base del cráneo, de este modo maximizó el daño que haría la bala en su recorrido al interior de la cabeza del presidente electo.

Disparó dos veces. Disparó dos veces. El electo se desplomó. Luego, el criminal procedió a vaciar el resto de su cargador sobre la vicepresidenta electa y la primera dama, esposa del jefe de estado electo. No tenía ninguna prisa. Los rostros desfigurados de ambas mujeres se sacudieron con una docena de disparos en sus cuerpos. Rostros llenos de sorpresa, miedo e impotencia. Ambas también fueron víctimas. La fuerza abandonó sus cuerpos y cayeron, sin vida.

Con su misión cumplida el sicario decidió huir como si lo hubiera recordado de repente. Se dio vuelta, les dio la espalda a los asesinados y miró a ambos lados, casi como alguien que fuera a cruzar la calle. Salió corriendo hacia su derecha, ¿hacia dónde más hubiera podido correr?

Lo que nos mostraron las cámaras es que nadie, absolutamente nadie más, se movió. Parecía casi un efecto especial. Todos petrificados excepto el asesino. Este alcanzó la multitud, se internó en ella y desapareció en el anonimato de las masas. Nadie se movió, nadie. ¿Todos lo estaban esperando? ¿O a todos el crimen los dejó helados?

Tampoco se movieron aquellos que en principio deberían dar su vida por la del

recién muerto. Una cosa es la estupefacción de los asistentes, otra es la de aquellos que tenían como deber el salvaguardar la vida del electo. Allí estaban, presenciando todo como si estuvieran en una obra de teatro. Con sus armas al cinto, sin moverse, sin pestañear, respirando normalmente.

Después de unos larguísimos segundos empezaron los gritos entre los espectadores. Desde este punto ya es difícil describir todo lo que siguió.

Muchos se abalanzaron sobre los cuerpos. Muchos más sobre los policías y militares encargados de la seguridad del evento. Todo fue caos, gritos, plegarias, llanto, desesperación. Se vivió un nuevo Bogotazo.

La capital ardió esa noche. La multitud de seguidores del electo enloqueció y descargó su ira sobre todo el que encontraban, vivo o muerto. El cuerpo del dirigente electo lo ataron a la estatua de Bolívar. Le quitaron la espada al Libertador, se la pusieron en la mano al cadáver y la levantaron en posición de lucha con ayuda de palos, cintas y cabuyas. Y entonces el cuerpo inerte presenció el caos más absoluto sobre la capital de la república.

Edificios enteros ardieron esa noche. Muchos muertos aparecieron por todas partes. Algunos dicen que fueron linchamientos de personas que la turba pensó que eran el asesino. Otros dicen que eran policías y militares eliminados por las masas. Fueron demasiados. El hedor a morgue se esparció por todas las calles de la ciudad.

Hasta bien entrada la mañana del día siguiente no se calmaron las masas. La marea solo bajó después de que el sol estuvo cerca del cenit. Se había declarado sobre la ciudad y sobre el país entero una ley marcial de más de un día. Todos los militares de la república habían sido desplegados a las ciudades para contener las manifestaciones nacientes. Llovieron muertos por todas partes. Aquellos que decidieron salir a protestar durante el toque de queda no fueron detenidos, simplemente ejecutados y desaparecidos.

Fueron miles, miles y miles. Nadie hubiera podido contarlos. Las hogueras infernales a las afueras de las ciudades y en los barrios más marginales ardieron 48, 36, hasta 72 horas, quemando cuerpos que les iban llegando de forma constante. Camionetas con cuerpos llegaban hasta sus llamas; descargaban a los ejecutados y volvían a salir en busca de más cadáveres con un apetito insaciable, como si no hubieran tenido suficiente. Fueron muchos días, muchos. ¿Quién, sin arriesgarse a la locura, los hubiera podido contar?

Mientras todo esto ocurría, el aparato político seguía intacto y operando. El candidato a la presidencia que había sido derrotado en las urnas era ahora el nuevo presidente en ejercicio. Por decreto presidencial, durante el estado de emergencia, el anterior mandatario había decidido nombrar como su sucesor al no-electo. Mientras justificaba su decisión por la televisión, decía que era lo mejor para el país en estos tiempos convulsos. Añadió, inclusive, que lo peor en estas circunstancias eran unas

nuevas elecciones. Según él, un nuevo proceso electoral dejaría más muertos y nos dejaría a las puertas de una anarquía y de un colapso del Estado de Derecho.

El no-electo se posesionó como presidente de la república el 9 de agosto en medio de la matazón en todo el país. Prometió liderar dando espacio para que todos encontraran su lugar, de forma incluyente y diversa. También se comprometió a encontrar a los asesinos del electo y castigarlos de manera ejemplar.

El 10 de agosto encontraron al supuesto asesino. Fue sentenciado como culpable ante todas las cámaras del país en el proceso más expedito de la historia de la justicia nacional. Al día siguiente lo extraditaron a los Estados Unidos por supuestos nexos con organizaciones narcotraficantes.

El país no se calmó. Muchos siguieron en las calles. Se necesitaron meses para que el ejército dejara de patrullar las ciudades. Se necesitaron muchas semanas para que la nueva normalidad se instalara. En menos de un año, los manifestantes, los antiguos electores, dejaron de bloquear las calles con sus protestas.

El reluciente mediodía que presenció el asesinato rápidamente se convirtió en atardecer sombrío y sanguinolento. De escarlata y púrpura se tiñeron los cielos mientras el sol se escondía tras montañas lejanas e inalcanzables. Los colores del cielo se fueron volviendo cada vez más opacos y ninguna de las luces de las calles, ninguna de las piezas del alumbrado público, comenzó a funcionar. La atmósfera se transformó en penumbra sólida, noche profunda y silenciosa. Pura oscuridad, sin esperanza de un amanecer, así fuera remoto.

Hoy, es reelegido el no-electo.



Ribera. Fernanda Morales Tovar. Acrílico sobre lienzo, 30 x 30 cm. 2022

Delirios de incertidumbre: porvenir (III)

Juan Pablo Solarte Burbano

El inefable mañana vislumbra
que tu presencia es una ínfima
y estéril gota de petulancia.
Ahora ya no queda figura que sobresalga.

El afán de alcanzar el éxito
atrapa el hedor sublime del excesivo consumo;
el egoísmo colectivo se impulsa
a través de los escombros de la pobreza.

Paso a paso se socava y marchita el temple
que en algún tiempo permaneció imbatible.
La fantasía que contrajo la mano del hombre
sedujo a las generaciones del presente.

Divergencias encontradas en el espejo.
Una visión que transgrede la bifurcación de colores.
Nada más que la lucha entre el pensamiento
y el efecto de nuestras acciones.

Un tenue silencio se esparce
entre la bruma del viento
mostrando que la desventura de la calle
corre y destila padecimiento.

La vida se queda en el senil cenicero:
breve momento de ilusión y frenesí.
Caducidad que llega en el pestañeo
y vigencia que perdura en el aleteo del colibrí.

Las acciones y sus efectos se relegan.
El porvenir y la procreación se dilatan.
Y nuestras huellas, cargadas de incertidumbre, luchan.



**LECTURA
RECOMENDADA**

Reportero sin rostro*

Fabio Castillo, el audaz y meticuloso periodista que publicó los secretos mejor guardados de la mafia en Colombia, ha vivido por años en la sombra. ¿Cómo se borró la figura de un hombre que puso su pellejo para que no olvidáramos el país en que vivimos?

María Isabel Naranjo Restrepo**

Llevo un año detrás de él. Seis correos electrónicos y cinco llamadas han hecho posible que hoy, 18 de diciembre de 2013, tengamos una cita para una entrevista: «4:00 p. m. Café Luna Lela». Estoy sentada a unos metros de la entrada del café, pasando la calle, en una de las bancas del Park Way, un parquecito lleno de árboles y tranquilo como su barrio: La Soledad. Me siento esperando a un viejo conocido y de pronto pienso: ¿cómo voy a reconocer a Fabio Castillo? Solo se me viene a la mente una foto borrosa que aparece en la solapa de su libro *Los jinetes de la cocaína*, donde se ve a un hombre moreno luciendo esa barba poblada que acostumbraban los intelectuales de los ochenta, con unas gafas de marco grande. Pero esa es una imagen de cómo era él antes de salir en el primer avión con destino a ninguna parte, huyendo de la ira de los carteles de la droga.

La primera vez que escuché hablar a Fabio Castillo fue una mañana de junio de 2012 en La W. Ese testimonio me hizo recordar un correo de Alberto Donadio en el que me aconsejaba dar con el escondite de Fabio, un periodista al que, según él, Guillermo Cano apreciaba como si fuera un hijo y que sustentaba todo lo que este escribía en los editoriales. «No sé dónde conseguirlo, pero es una voz que no se puede olvidar», decía el correo. Decidí entonces buscarlo un mes, dos meses, tres meses, seis meses... hasta hoy.

Llamé a algunos amigos que podrían conseguirme algo, un mínimo dato. Me confiaron tres correos a los que escribí, pero rebotaron automáticamente con el mensaje *Delivery...* Luego acudí a una asociación de periodistas de investigación, donde me

* Esta entrevista fue publicada originalmente en Universo Centro y hace parte del trabajo de grado en Periodismo de la autora, *Cuando perdimos la inocencia. Testimonios de periodismo investigativo en Colombia* (2014).

** Estudiante de la maestría de Investigación en Historia de FLACSO-Ecuador y periodista de la Universidad de Antioquia.

dieron un nuevo correo con el consabido: «No tenemos ni idea de dónde pueda estar». Envié la retahíla que tenía preparada y cuatro días después apareció en mi bandeja de entrada: «El periodismo de investigación está en crisis porque de tiempo en tiempo tiene que huir de las amenazas de los culpables en las investigaciones, y del miedo por compromiso de los dueños de los medios. Será un placer hablar contigo cuando te apetezca. Fabio. PD: ¿Quién te dio mi correo?». Esa posdata me hizo reír. No fue tan difícil desenterrarlo.

Fabio Castillo llegó a El Espectador en septiembre de 1979. Con veinte años recién cumplidos ya tenía un premio Simón Bolívar, una escuela de libertad en El Siglo y se intuía en sus temas un sentido de la justicia que más tarde lo llevaría a enfrentarse cara a cara con los narcotraficantes de Colombia. Ese carácter fue determinante para unirlo a la lucha que desde el periodismo y la plaza pública hicieron Guillermo Cano, Rodrigo Lara Bonilla, Luis Carlos Galán Sarmiento y Manuel Gaona Cruz. Con ellos (y luego sin ellos) emprendió una lucha solitaria en alianza con seres anónimos que arriesgaron su vida para aguarles la fiesta a los narcotraficantes en su pretensión de llevarse por delante la democracia, arrodillando a medio país con su dinero y matando al otro medio con sus bandas.

Juego a adivinar cómo es el hombre que va a llegar a la puerta del café. ¿Será acaso ese de pelo blanco, saco y corbata que acaba de cruzar la calle? Así me la paso durante diez minutos sin atinar con nadie hasta que alguien sube la escalera que conduce al café y llama: «Aló»; «Sí, hola, soy Fabio, estoy en la puerta esperándote». Es un hombre mediano y tiene unos cincuenta y cinco años, ya no tiene la barba negra y abundante, y su pelo grisáceo delata que han pasado casi treinta años desde la foto que recuerdo. Paso la calle. Él abre sus brazos en señal de bienvenida y entramos al café.

Fabio, podríamos comenzar por...

Comprar una grabadora buena (*lo dice en tono de chiste y sonrío*).

¿Le parece que mi grabadora no sirve?

Pues no le veo el IVA y de pronto es de contrabando.

Pues de pronto sí porque la compré en Monterrey ¿Lo conoce?

¿Monterrey, México? Sí.

No, el centro comercial de Medellín.

Ah, no, si es de Medellín, es de contrabando.

¿Usted dónde nació?

No (*ese «no» es enfático, duro, y se pone en medio como un muro que hay que derribar*). Yo no hablo sino de temas estrictamente profesionales, de temas personales absolutamente nada.

¿O sea que tampoco habla de su exilio?

Ah, no, pues sí, pero salí al exilio ¿y qué?

Siendo así, hablemos del momento en el que llega a El Espectador. ¿Por qué llegó precisamente a ese diario?

El tema de don Guillermo era el mismo de Álvaro Gómez Hurtado: la justicia. Él tenía allí a Óscar Alarcón, el que cubría mis fuentes, pero estaba estudiando Derecho en el Externado y no tenía casi tiempo; mejor dicho, yo lo mantenía chiviado y salíamos con la noticia *El Tiempo* o *El Siglo*, y don Guillermo le decía: «Óscar, ¿qué pasó?»; y él: «ay, es que yo estaba en un parcial» (*se ríe*). Pero don Guillermo apoyaba mucho a la gente para que estudiara, y en lugar de fregar a Óscar le dijo: «pues convenza a Fabio para que se venga». Así que me llamó: «Fabio, don Guillermo Cano pregunta si usted se vendría a trabajar a El Espectador». Y yo le respondí: «pues poderoso caballero es don dinero, ¿no? Cuente a ver de qué estamos hablando». Y así fue como empecé a trabajar en El Espectador en septiembre de 1979. El salario que me pagaban era de unos 150 dólares de hoy, como 240 mil pesos, por los que casi nos hacemos matar como quince en el periódico.

¿Ser tan joven cuando entró a la redacción de *El Espectador* explica lo que dice Alberto Donadio, que usted era la «ñaña» de Cano?

En la redacción casi todos éramos chiquitos. Don Guillermo era feliz con periodistas que hacían cosas insólitas que no hacían los viejos, que querían estar sentados en sus escritorios interpretando los hechos; lo que nosotros queríamos era descubrirlos.

A usted le ofrecieron irse varias veces para El Tiempo, pero don Guillermo Cano no quería, ¿cómo lo convenció?

Como don Guillermo Cano no podía igualarme lo que me ofrecían en El Tiempo, que era como dos veces más de lo que ganaba, me decía: «Mijo, venga y trabaja los domingos y se gana su triple» —porque antes de que existiera Álvaro Uribe Vélez a los obreros les pagaban el triple por trabajar un domingo—. Entonces yo me guardaba hasta ese día una noticia que sabía que no iban a encontrar los otros, y la escribía entre las nueve y las once de la mañana. Pero don Guillermo Cano siempre llegaba el domingo a las 9:30, nos sentábamos a tomar tinto y él me contaba el chisme político y la vaina

económica y yo lo de la Corte, el Concejo, los políticos... en esas conversaciones fue donde surgió una comunicación inalámbrica con él, una vaina muy... (*ese recuerdo lo deja sin aire. Inhala, exhala, sus ojos se encharcan, su rostro cambia y dice con la voz entrecortada: «ah, ¡cheeee!, qué cagada, yo nunca hablo de eso». Toma agua y vuelve a retomar el hilo*). O sea, yo no tenía que sustentarle las investigaciones a don Guillermo, teníamos mucha... cómo se diría eso... empatía, porque él era un gozón y le gustaba el desparpajo de uno, la falta de respeto a la autoridad.

¿Y por qué se fue de El Espectador en 1982?

Me fui de secretario privado del procurador Carlos Jiménez Gómez.

¿Y por qué regresó a El Espectador apenas un año después?

Pues porque terminó aliado con Pablo Escobar (*se ríe*). Mi oficina quedaba justo al lado de la del procurador. Sobre el escritorio de la oficina tenía una lamparita de esas chiquitas y como un viejito me quedaba a veces hasta las once de la noche pegado de los papeles, leyendo todas las investigaciones, seleccionando lo que servía y lo que no. Cuando pum, pum, pum, se prendieron todas las luces y entraron como cuarenta tipos, y como en esa época el M-19 nos tomó de rehenes dos veces me dije: «mierda, otra vez». Cuando entró el señor Pablo Escobar Gaviria directamente al despacho del procurador. Yo apagué la luz y me quedé calladito, escondido.

¿Qué pasó por su cabeza en ese momento?

Lo peor, y me dije que no había sino una forma de saberlo. Al otro día llegué a las seis y treinta de la mañana, el procurador llegaba a las siete. Tan pronto lo vi pasar me fui para su oficina y le dije: «qu'íubo, procurador, ¿cómo le fue anoche?»; «bien, hombre, estuvo tranquilo»; «¿y dónde estuvo?»; «por allá en una comida»; «¿aquí?»; «no, no, yo de aquí me fui a las seis y no volví»; «mire»; «¿qué es esto?»; «mi renuncia», y me fui. Salí, llamé a don Guillermo: «don Guillermo, me tocó renunciar»; «¡¿qué pasó?!»; «no, yo no le puedo contar, pero es gravísimo». Y así fue que regresé.

Y su regreso coincidió con que se metieron de lleno a investigar las estructuras de los jefes del narcotráfico. ¿Cómo lo hicieron?

La controversia dura del narcotráfico empezó en 1982, o sea, fin del gobierno de Julio César Turbay e inicio de Belisario Betancur. En ese momento es cuando arranca Luis Carlos Galán a denunciar el tema de los «dineros calientes». Aquí siempre nos inventamos eufemismos, pero se trataba de la presencia de dineros de la mafia en la política. En Bogotá nadie se atrevía a hablar de la mafia porque pensábamos que era un fenómeno guajiro, y Juan Gossaín ya la había radiografiado en *La mala hierba* de una forma tan sabrosa que nos quedó que eso era de los costeños, que no era serio, que no era nada. Hasta que llega Galán y empieza a denunciar que esta gente está comprando los partidos. Don Guillermo nos explicaba que para él era exactamente

lo mismo investigar al Grupo Grancolombiano que investigar a la mafia porque eran dos manifestaciones de un mismo fenómeno: el uno era un señor muy rico queriendo comprar todos los poderes, y los otros, los mafiosos, eran unos nuevos ricos queriendo también comprarlo todo; luego, los dos eran un fenómeno antidemocrático. Por lo tanto, políticamente era válido y periodísticamente oportuno investigarlos y seguirlos.

Hablar de narcotráfico es muy difícil precisamente porque lo que se tienen son testimonios, rumores. ¿Usted cómo hizo para publicar sin el temor de que fuera falso lo que le decían?

Primero que todo, no era la sociedad de hoy, entonces te puede parecer difícil de creer que haya habido centenares de colombianos que arriesgaron y ofrecieron su vida por ayudarme. ¿Te acuerdas de la foto de Escobar capturado con unos kilos de coca? Ese proceso penal a mí me lo entregaron físicamente y la persona que lo hizo me dijo: «con esto le estoy entregando mi vida». A los tres días de publicarlo, pese a que no había forma de que nos relacionaran y en esa época no había celulares que le rastrearán a uno la llamada, esa persona apareció muerta. Sin embargo, lo hizo porque creía que era un servicio para la sociedad revelar quién era realmente Pablo Escobar. Y todo esto pasó porque entendimos que estábamos a punto de perder nuestra democracia a manos de unos locos que lo único que tenían era plata y ganas de matar gente.

¿Alguna vez lo han denunciado por calumnia?

Fuad Char, el dueño de Olímpica, me pidió una indemnización por cinco mil millones de pesos. Y lo único que dije en la indagatoria fue: «el señor Fuad Char no tiene visa para viajar a Estados Unidos. Aquí está la ley por la cual le pueden quitar a uno esa visa y no tiene sino tres causales. Primera, enfermedad infectocontagiosa incurable; que le hagan un examen. Segunda, que sea miembro de una banda terrorista internacional; yo lo eximo de esa prueba, él no es miembro de una banda terrorista internacional. Y tercero, que sea narcotraficante; eso sí ya le tocará explicarlo a él». Con eso se cayó el proceso, a él le tocó callarse la boca y retirarse de la política; y ahora tiene a sus hijos de alcaldes, los herederos de los capitales calumniados. Pero nunca le he huido a ningún proceso y nunca he pasado de la indagatoria porque siempre tengo documentos.

¿Recuerda cuántos procesos ha tenido?

No los puedo contar, pero solo he tenido un abogado en mi vida.

¿Usted?

No, uno de verdad. Yo estudié Derecho en la Universidad Caótica (*Católica*), pero mamando gallo. Mi abogado es un gran amigo y tenemos una estrategia: yo soy el bueno e inocente, y él es el malo y el cabrón. En una indagatoria yo llego y digo: «todo el mundo dice que ese señor es narcotraficante y yo nunca he visto que él pueda decir que no»; y llega él: «como dice mi defendido, ese señor no es solo un reconocido narcotraficante,

sino también un reputado narcotraficante», entonces se ponen a pelear con el abogado y lo acusan a él, lo joden a él y se olvidan de mí (*se ríe*).

¿En qué momento decidió escribir *Los jinetes de la cocaína*?

No, yo no lo decidí. Las circunstancias lo decidieron. Cuando asesinaron a don Guillermo nosotros teníamos cuarenta cajas grandes con la historia de todos los grupos mafiosos de Colombia, repletas de documentos que nos llegaban de los jueces, los fiscales, los procuradores, los concejos... de todo el mundo. En una reunión que se hizo con los directores de los medios yo propuse la publicación simultánea de las investigaciones que hiciéramos sobre el tema en *El Espectador* y todo el mundo aceptó. La situación que se planteaba era que nos querían silenciar y no podíamos permitir eso: «o nos matan a todos los directores o nos callamos definitivamente». Así arrancamos ese frente común en el que se publicaba simultáneamente en los periódicos, en la radio y en la televisión. Publicamos en serio como unas cuatro investigaciones, no recuerdo cuáles. Pero nuestro gran trabajo era la historia del Cartel de Cali, porque estaban haciendo cosas mucho más graves que lo que hacía Pablo Escobar en Medellín. Cuando presentamos a ese grupo una torta donde estaban todas las empresas involucradas con el dinero de los Rodríguez, fue un escándalo y todo el mundo salió en desbandada: *El Tiempo*, *Semana*, *El Mundo*, *El Colombiano*... Y quedamos los de *El Espectador* ahí, sentados como unas pelotas preguntándonos: «¿y ahora qué hacemos?». Pues nada, se acabó. Yo algún día contaré esa historia completa, pero el hecho es que nos quedamos Juan Guillermo Cano, Fernando Cano y yo, y les dije: «yo con esta investigación de más de seis meses sobre los Rodríguez Orejuela no me quedo, pero tampoco les puedo pedir a ustedes que asuman el costo de eso. Yo me retiro, me pongo a escribir y cuento todas estas historias que nos vetaron».

¿Quiénes le ayudaron a hacer ese libro?

El libro fue el trabajo espiritual y físico de muchísimas personas que arriesgaron su vida, por ejemplo, metiéndose por la noche a fotocopiar expedientes, a robarse documentos en las notarías, a sacar papeles de las oficinas de registro de instrumentos públicos. Hubo cuatro jueces que se dedicaron a ayudarme: «Tenga, Fabio, tenga»; y yo: «Necesito un proceso que está en tal parte», y a los tres días: «Tenga, Fabio». Fueron una cantidad de seres anónimos que trabajaron conmigo, y que siempre serán anónimos.

Dicen que cuando su libro se publicó, Pablo Escobar mandó a sus hombres a recogerlo de las calles, así como hizo con *El Espectador*; y que algunas partes de ese libro fueron cambiadas o que algunas hojas fueron arrancadas para que nadie leyera los nombres que aparecían allí...

Yo no conocí el libro en las calles. Después de la muerte de don Guillermo Cano me

hicieron varias llamadas amenazantes y tuve que cambiar de residencia. Me ofrecieron escoltas y dije: «yo no acepto escoltas porque ellos lo venden a uno. Nadie sabe quién es su familia, quiénes son sus amigos, y anda con un escolta y en quince días le conocen sus rutinas, su papá, su mamá, sus hermanos, sus debilidades físicas y sexuales, de todo, por eso mejor ando solo». Entonces me dijeron: «si usted no quiere irse del país, la única posibilidad es que viva en el peor sitio de Bogotá, donde nadie lo encuentre». Y el «peor» sitio resultó ser la habitación 304 del Hotel Lucho (*hotelucho*), en la carrera novena con la calle veintiuno, en plena zona roja del centro de Bogotá, que por esos días se conocía como el barrio de las prostitutas. Yo llegaba por la noche y me saludaban las putas: «Uyyy, llegó el bacán del barrio». Y cuando llegaba con alguna amiga: «¡Quééé, como va acompañado, ahora sí no conoce!», y más de una se devolvió berraca (se ríe). En ese lugar nunca me pasó absolutamente nada, llegara como llegara, borrachito, en sano juicio, cuando salía a las cuatro de la tarde o a las cuatro de la mañana.

El libro se escribió en absoluto silencio, nadie conocía una línea, hasta que yo le conté a alguien, a un editor. Él me dio todas las indicaciones: «El tamaño es este, ningún capítulo de más de tantas páginas, ningún precio por encima de tanto», o sea, me aconsejó todo. Terminé el libro y los primeros veinticinco ejemplares fueron numerados. Si ves un número en un libro del 01 al 25, entonces puedes decir que es uno de los cómplices de Fabio. Pero resulta que este tipo fotocopió una página y la repartió por fax, y antes de que el libro saliera a las librerías yo ya tenía amenazas de muerte concretas. «¿Pero cómo es posible?», me preguntaba, y no había sino una explicación: el editor trabajaba para la mafia.

¿O sea que la mafia sabía todo?

No, porque yo solo le entregué la copia cuando el libro ya estaba impreso. Pero eso se iba a repartir una semana más tarde. Cuando llamó a *El Espectador* el general Miguel Maza Márquez: «Juan Guillermo Cano, acaban de salir dos grupos de sicarios de Medellín y de Cali para matar a Fabio Castillo. No puedo parar esa vaina, no sabemos quiénes son, pero lo van a matar. Necesito hablar con él, ¿dónde está?»; «jum, nadie sabe dónde está». Entonces se fue el general para *El Espectador* y les contó cómo era la operación que me tenían montada los del Cartel. Luego me llamó Juan Guillermo y me dijo: «Fabio, no hay nada que hacer» (*le carraspea la voz*).

¿Qué hizo cuando supo eso?

Convoqué a mi comité de crisis, compuesto por diez amigos, a una «junta de seguridad». El plan era que desde una finca de la sabana, a cierta hora del día, los tres carros saldrían en direcciones opuestas y yo iría escondido en la cajuela de uno de los tres. Y así, metido en esa cajuela, llegué hasta Quito. Meses antes un amigo entrañable, del que ya puedo dar el nombre porque está muerto: Édgar Lenis Garrido, el entonces

presidente de Avianca, me llamó y me dijo: «mijo, yo no lo dejo matar a usted», me entregó un paquete de diez pasajes internacionales, todos en blanco, y me dio las instrucciones: «Usted llénelo, eso tiene mi firma. No tiene que pagar un peso, váyase para donde quiera. Pero eso sí, no me cuente». Con esos pasajes en Quito cogí un avión hacia Miami. Llegué a la casa de un colega del *Miami Herald*, Guy Gugliotta, y le conté todo. Como a los dos días de estar allí llamé a Édgar Lenis y él me dijo: «Sí, ya supe que le tocó irse, ¿dónde está?»; «pues aquí en su oficina en Miami»; «llego mañana a las nueve de la mañana». Cuando nos vimos me dijo: «Esto es más peligroso que Colombia, usted no se puede quedar aquí. Puede que le ofrezcan trabajo, pero lo matan, mijo, váyase». Hablé con Guy, que ya me había ofrecido trabajar en el *Nuevo Herald*, y me llevó hasta la terminal de Greyhound, donde tomé un bus con destino a Nueva York. Allí me quedé una noche, cambié de pasaje, cambié de pasaporte, cambié de nombre, de todo, de cara sí no (*se ríe*), y me fui a Madrid.

La familia Cano me había dado mis cesantías cuando salí de Colombia: un billete de veinte dólares. Con eso y tres dólares más llegué a Madrid. No estaba entre mis planes pedir asilo porque iban a decir que ese país me había pagado por escribir el libro; entonces, la única opción que tenía era valerme por mí mismo. En Madrid me hospedé en el hostel más barato que encontré, el Cantabria, a cien metros de la Puerta del Sol. Desde allí llamé a un gran amigo, un monstruo absolutamente admirable y maravilloso que se llama Antonio Caballero, y me dijo: «uy, no sea loco, usted qué hace aquí. Nos vemos en el café Jijón»; ¿en el café aguijón?». Yo no sabía ni qué era esa vaina. Nos vimos y conversamos: «¿qué va a hacer?»; «pues, trabajar, no he hecho otra cosa en mi vida»; «vaya a *Cambio 16* a ver qué». Antonio habló con el dueño, Juan Tomás de Salas, y el hombre se animó, pero para hacerme una entrevista, y yo les dije que cuál entrevista si lo que necesitaba era plata. «Y a usted qué tema sobre España se le ocurre», me dijo; «pues yo sí tengo un tema: los amigos españoles de la mafia colombiana»; «si lo logra, es portada, ¿cuánto me cobra por eso?»; «diez mil dólares»; «listo». En mi puta vida me había ganado esa plata, y ni siquiera me lo hubiera imaginado.

El día que Juan Tomás de Salas me entregó los diez mil dólares en efectivo me fui donde siempre iba a tomarme mi copa de vino, pero esa noche llegué a pedir más de una copa. Salí borrachito para mi hostel cuando me agarró un tipo por detrás y otro me puso un cuchillo por delante: «¡deme la blanca!» (*gritando*); «¿la qué?»; «el parné»; «usted de qué me está hablando, hermano, hábleme en español»; «¿usted de dónde es?»; «de Colombia»; «pues te estoy atracando, tío»; «no sean jijueputas, hermano, yo llevo toda mi vida ahorrando para llegar a España, el país que nos ha robado durante quinientos años, y llego y al único al que van a atracar es al colombiano (*suelta una carcajada*); vayan atraquen a un español, no me jodan», y los manes empezaron a reírse y terminamos sentados en la calle, ellos gastándome cerveza a mí.

¿Y qué pasó con esa publicación de *Cambio 16*?

Dos semanas después de la publicación llegué al hostel y la señora me entregó un sobre que decía «Para Fabio Castillo», y le dije: «yo no soy ese»; «pues sí, chaval, ese eres porque me dieron la descripción». Cuando lo abrí, era una bala dum-dum.

Ese sobre fue una amenaza directa. ¿Le toca irse de nuevo?

Desde que salí de Colombia mi vida era como la de un caracol: tenía un morral donde cabían todas mis pertenencias. Así que me puse la casa en la espalda y me dirigí al aeropuerto de Barajas a coger el primer avión que saliera, y ese avión iba para París. Llegué a pedirle trabajo a un amigo que estaba de corresponsal en *Le Monde Diplomatique* y me preguntó: «¿Usted habla francés?»; «pues yo estaba convencido de que hablaba francés hasta antes de llegar a Francia; pero la verdad es que yo no les entiendo ni mierda de lo que me dicen» (*se ríe*). Y es que, como había estudiado Filología e Idiomas en la Universidad Libre, estaba convencido de que ellos me habían enseñado, pero me engañaron (*se ríe*). En todo caso, en *Le Monde* hice un tema sobre los paraísos fiscales que hay en Europa, porque sin esos paraísos Colombia no tendría el problema del narcotráfico. A los días me dijeron que se iba a crear *El Mundo* en Madrid, que me estaban buscando para entrenar a un equipo para hacer investigaciones, y fueron apareciendo otras diez mil cosas. Así de medio en medio fui sobreviviendo.

¿Y así cuántos años pasaron?

Seis años. Después de *Le Monde* estudié Fotografía. Estuve en la caída del muro de Berlín, y como yo el único muro que conocía era la canción de Pink Floyd, me fui a recorrerlo. Caminando me topé con un poco de chinos chiquitos corriendo porque los perseguían unos soldados con perros. Eran vietnamitas que vivían en la Alemania comunista y no los dejaban pasar a la Alemania capitalista porque los tenían que aceptar como asilados. Mi investigación fotográfica fue «El muro no cayó para todos», una página completa en *El País* de Madrid, y cinco mil dólares. Mucho después la Fundación Reuters me dio una beca para estudiar Ciencia del Caos y Periodismo en Oxford. Hasta que regresé a Colombia. Eso fue una semana antes de que mataran a Pablo Escobar. Cuando lo mataron llegué a *El Espectador*, todo el mundo me dijo: «usted sabía, usted se devolvió por eso, usted lo mató» (*se ríe*).

¿Y por qué regresó?

Porque se me habían acabado las posibilidades. Había vivido en Haití, trabajé con Naciones Unidas en una misión de protección de libertad de expresión de los haitianos hasta que nos expulsó Raúl Cedras, el dictador. Llegué a Panamá, me comí una bandeja paisa, llamé a Juan Guillermo Cano y le dije: «Yo me devuelvo, hermano»; «Fabio, por favor, quédese allá que nosotros estamos muy tranquilos así» (*se ríe*).

¿Se puede saber cuál fue el nombre con el que vivió en el exilio?

Manuel Carreras. Manuel por Manuel Gaona Cruz, que era para mí un faro político y personal; y Carreras porque era corra p'arriba y p'abajo (*se ríe*).

Salir corriendo hacia el primer avión que sale para ninguna parte, esconderse durante semanas, vivir lejos de su familia... ¿Por qué arriesgó tanto?

Por un salario de 150 dólares, por amor a mi profesión, por la verdad histórica, pero, ante todo, porque los colombianos podían alegar cualquier cosa frente a los debates de los narcotraficantes, pero no sobre sus historias tenebrosas de crímenes y asesinatos.

¿Usted se siente relegado de la historia del periodismo?

La historia es una arpía contada por los vencedores, y hasta ahora la historia de la mafia la van ganando los mafiosos y sus asistentes políticos, económicos y sociales. Pero la historia no se escribe hoy, se escribe dentro de veinte o treinta años. Y ese juicio será hecho por otras personas, con mejor perspectiva, menos intereses y más preocupados por cómo Colombia se dejó desmembrar por la geopolítica estadounidense de esta última década.

¿Y en qué ha estado trabajando en la última década?

Si alguna persona o un periodista viene a Colombia a trabajar un tema de alguna empresa, me contratan para tenerle a esa persona un *dossier* completo y así esa persona no tiene sino que llegar con la seguridad de que hay una documentación absolutamente fiable y transparente, como si la hubiera conseguido él de primera mano. Y también hago investigaciones propias, escribo libros, lo que se pueda hacer.

¿Y sobre qué está escribiendo ahora?

No se puede saber.

¿Por qué?

Porque me matan.

¿Alguna vez se ha dejado tomar una fotografía?

No.

¿Por qué?

Porque ese es mi seguro de vida.



Gacetilla Filología



gacetilla_filologia